

LA NUEVA ERA OSCURANTISTA

La Escuela de Frankfurt y la “Corrección Política”

Introducción

La mención de la Escuela de Frankfurt en el artículo de Henry Makow que reproduzco en la [entrada anterior](#) trajo a mi memoria un estudio excelente que leí hace unos cuatro o cinco años en la Internet. El mismo se titula *The New Dark Age: The Frankfurt School and "Political Correctness"* (La Nueva Era Oscurantista: La Escuela de Frankfurt y la "Corrección Política") y apareció originalmente en el número de invierno de 1992 de la revista *Fidelio*, editada por el [Schiller Institute](#). Su autor, Michael Minnicino, repasa con ojo clínico las raíces políticas, ideológicas y culturales -todas ellas por igual esotéricas- de lo que hoy pocos cuestionan: la monumental fealdad y la brutalidad que alimentan la vida cotidiana de millones de personas en Norteamérica y en Europa.

Tal como me ocurriera al leer el prólogo de Neil Postman a su libro *Divirtiéndonos hasta la Muerte* (1985) -el cual he [traducido y publicado ya en este blog](#)-, no he podido evitar el extender el diagnóstico de Minnicino al resto del mundo. ¿Existe hoy, en efecto, algún rincón del orbe en el que aquella fealdad no reine de manera casi absoluta en la mente y en las acciones de la gente? Es este estado de cosas de nuestro presente el que convierte al análisis de Minnicino en un auténtico *must read*, en una lectura imperdible.

Sin embargo, no obstante mi encomio del artículo de marras, he de hacerle un par objeciones. En primer lugar, no estoy de acuerdo con la visión absolutamente optimista que el mismo ofrece del período renacentista, así como tampoco de la confianza sin restricciones que su autor parece depositar en la ciencia y en las artes clásicas. Como atentísimo lector de las Escrituras -y como total creyente en los postulados del Evangelio-, no creo que la humanidad deba recostarse con ingenua confianza en los “logros de las eras”, pues coincido plenamente con el apóstol Pablo cuando dice: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el erudito? ¿Dónde el filósofo de esta época? ¿No ha convertido Dios en locura la sabiduría de este mundo? Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen” (1 Corintios 1:20,21).

Por otra parte, el propio Minnicino parece confundir por momentos -al punto de igualarlos- los valores auténticamente cristianos con aquellos que tuvieron su cuna en el Renacimiento. ¿Pero es lícita una semejante equiparación? Dice el autor que el período renacentista constituyó “una celebración religiosa del alma humana y del potencial de crecimiento de la humanidad”, pero confío en que el lector se dará cuenta de que las solas palabras del apóstol Pablo citadas más arriba bastan para refutar la idea de que el Renacimiento ha sido auténticamente cristiano. Por el contrario, si hemos de creer en la descripción de Minnicino, *el Renacimiento ha sido gnóstico hasta la médula*. Más aún: dicho gnosticismo es -a mi parecer- lo que ha posibilitado en gran medida el estado de cosas que el propio autor lamenta. Esta confusión se pone también de manifiesto en el artículo cuando se apela a la civilización judeo-cristiana, lo cual no deja de ser una *contradictio in adiecto*. El judaísmo, en efecto, es una continuación -si no una de las principales fuentes- del gnosticismo antiguo que tan fuertemente impregnó al Renacimiento, como queda suficientemente probado por la corriente gnóstico-mística judaica conocida como la *Kabalah* o Cabalá; nada más alejado, nuevamente, de las palabras del apóstol Pablo que cito más arriba. Destaco positivamente, en cambio, la expresión “francmasonería de la fealdad” acuñada por Minnicino. ¿Pero no viene ésta a confirmar, precisamente, lo atinado de las objeciones que aquí presento?

Hechas estas aclaraciones, ofrezco a continuación una traducción española de las palabras introductorias de “La Nueva Era Oscurantista: La Escuela de Frankfurt y la ‘Corrección Política’”, de Michael Minnicino. El resto del artículo irá apareciendo en este mismo blog en entregas sucesivas.

LA NUEVA ERA OSCURANTISTA La Escuela de Frankfurt y la “Corrección Política”

Por Michael Minnicino

La gente de Norteamérica y Europa acepta hoy un nivel de fealdad en sus vidas diarias casi sin precedentes en la historia de la civilización occidental. La mayoría de nosotros se ha acostumbrado tanto a este estado de cosas, que la muerte de millones por hambre y enfermedad no nos arranca más que un suspiro o un murmullo de protesta. Las calles de nuestras propias ciudades, hogar de legiones de *homeless* (1), son gobernadas por Dope Inc. (2), la

industria más grande del mundo, y en dichas calles los americanos se matan ahora el uno al otro en una escala no vista desde las Edades Oscurantistas (3).

A la vez, hay mil horrores más pequeños que son tan comunes que pasan desapercibidos. Nuestros niños pasan tanto tiempo sentados frente al televisor como el que pasan en la escuela, mirando con regocijo escenas de tortura y muerte que podrían haber resultado chocantes para el público del coliseo romano. La música está por todas partes, casi inesquivable -pero no eleva, ni siquiera tranquiliza: rasga los oídos, lanzando a veces una obscenidad. Nuestras artes plásticas son feas, nuestra arquitectura es fea, nuestra ropa es fea. Ha habido, ciertamente, períodos en la historia en los que la humanidad ha vivido en semejantes condiciones de brutalidad, pero nuestro tiempo es crucialmente diferente. Nuestra era posterior a la Segunda Guerra Mundial es la primera en la historia en la cual dichos horrores son completamente evitables. Nuestro tiempo es el primero en poseer la tecnología y los recursos para alimentar, proveer vivienda, educación y un trabajo digno a cada persona sobre la tierra, sin importar cuál sea el crecimiento de la población. Aún así, cuando se muestran las ideas y se demuestran las tecnologías que pueden resolver los más horrendos problemas, la mayoría de la gente se repliega en una pasividad implacable. Nos hemos vuelto no sólo feos, sino impotentes.

Sin embargo, no hay motivo por el cual nuestra situación moral-cultural actual debía llegar legítima o naturalmente a ser esto en lo que se ha convertido; y no hay motivo por el cual esta tiranía de la fealdad debería continuar un instante más.

Considérese la situación de hace tan sólo cien años, a comienzos de la década de 1890. En música, Claude Debussy se hallaba completando su *Preludio para la Tarde de un Fauno*, y Arnold Schönberg comenzaba a experimentar con el atonalismo; al mismo tiempo, Dvorak trabajaba en su Novena Sinfonía, mientras que Brahms y Verdi aún estaban con vida. Edvard Munch daba a conocer *El Grito*, y Paul Gauguin su *Autorretrato con Halo*, pero en América, Thomas Eakins aún estaba pintando y enseñando. Los Mecanicistas como Helmholtz y Mach contaban con grandes cátedras universitarias de ciencia, junto con los estudiantes de Riemann y de Cantor. El *Rerum Novarum* del Papa León XIII estaba promulgándose, incluso mientras algunos sectores de la Segunda Internacional Socialista se convertían en terroristas, preparándose para la lucha de clases.

La creencia optimista de que uno podía componer como Beethoven, pintar como Rembrandt, estudiar el universo como Platón y Nicolás de Cusa y cambiar la sociedad mundial sin violencia aún estaba viva en la década de 1890; es cierto: era débil y estaba sitiada, pero difícilmente estaba muerta. Y

aún así, en veinte cortos años, estas tradiciones clásicas de la civilización humana habían sido barridas, y Occidente se había volcado a una serie de guerras de inconcebible carnicería.

Lo que comenzó hace unos cien años fue lo que podría llamarse un contra-Renacimiento. El Renacimiento de los siglos quince y dieciséis fue una celebración religiosa del alma humana y del potencial de crecimiento de la humanidad. La belleza en el arte no podía concebirse como nada menos que la expresión de los principios científicos más avanzados, tal como lo demostrara la geometría sobre la que se fundan la perspectiva de Leonardo y la gran cúpula de la Catedral de Florencia de Brunelleschi. Las más finas mentes de la época volvieron sus pensamientos hacia los cielos y hacia las poderosas aguas, y trazaron el mapa del sistema solar y de la ruta al Nuevo Mundo, planeando al mismo tiempo grandes proyectos para desviar el curso de los ríos para el beneficio de la humanidad. Hace unos cien años fue como si se hubiese escrito una gran lista detallando todos los maravillosos logros del Renacimiento... para revertir cada uno de ellos. Como parte de este movimiento de la “Nueva Era” -tal como se lo llamó-, el concepto del alma humana fue minado por la campaña intelectual más vociferante de la historia; el arte fue forzado a separarse de la ciencia, y la ciencia misma fue convertida en objeto de profunda sospecha. El arte fue afeado porque -se decía- la vida se había afeado.

El alejamiento cultural respecto de las ideas del Renacimiento que construyeron el mundo moderno se debió a una suerte de francmasonería de la fealdad. Al comienzo fue una conspiración política formal para popularizar teorías específicamente diseñadas para debilitar el alma de la civilización judeo-cristiana (4) de tal manera que la gente llegase a creer que la creatividad no era posible, que la adhesión a la verdad universal era evidencia de autoritarismo, y que la razón misma era sospechosa. Esta conspiración fue decisiva en el planeamiento y en el desarrollo -como medios de manipulación social- de las vastas y hermanadas nuevas industrias de la radio, la televisión, el cine, la música registrada, la publicidad y las encuestas de opinión pública. El omnipresente control psicológico de los medios de comunicación fue intencionalmente fomentado para crear la pasividad y el pesimismo que aflige a nuestras poblaciones en el presente. Tan exitosa fue esta conspiración, que se ha vuelto algo incrustado en nuestra cultura; ya no necesita seguir siendo una “conspiración”, pues ha adquirido vida propia. Sus éxitos son indiscutibles: sólo se necesita encender la radio o la televisión. Incluso la nominación para una Corte Suprema de Justicia se ve convertida en una telenovela, con el público alentando a su personaje favorito.

Nuestras universidades, cuna de nuestro futuro intelectual y tecnológico, han sido saturadas por una Nueva Era de “Corrección Política” al estilo *Comintern*

(5). Con el colapso de la Unión Soviética, nuestros campus representan hoy la más grande concentración de dogma marxista en el mundo. El irracional arrebato adolescente de los años 60 se ha institucionalizado bajo la forma de una “revolución permanente”. Nuestros profesores miran por encima de sus hombros, esperando que la moda actual explote antes de que la denuncia de algún estudiante arruine el trabajo de toda una vida; algunos registran sus clases con una grabadora, temiendo acusaciones de “insensibilidad” por parte de alguna enfurecida “Guardia Roja”. Los estudiantes de la Universidad de Virginia peticionaron hace poco con éxito para que no se los obligara a leer a Homero, a Chaucer y a otros EMM (Europeos Masculinos Muertos), debido a que dichos escritos son considerados como etnocéntricos, falocéntricos y, en general, inferiores a los autores “más relevantes” del Tercer Mundo, femeninos u homosexuales.

Esta no es la academia de una república; es la Gestapo de Hitler y la NKVD de Stalin, arrancando de raíz a los “desviacionistas” y prohibiendo libros: lo único que falta es la hoguera pública.

Tendremos que enfrentar el hecho de que la fealdad que vemos a nuestro alrededor ha sido conscientemente promovida y fomentada de forma tal que una mayoría de la población está perdiendo la capacidad cognitiva para transmitir a la generación siguiente las ideas y los métodos sobre los cuales nuestra civilización fue construida. La pérdida de dicha capacidad es el principal indicador de una Era Oscurantista. Y una nueva Era Oscurantista es exactamente en lo que estamos inmersos. En tales situaciones, el registro de la historia es inequívoco: o creamos un Renacimiento -un renacimiento de los principios fundamentales sobre los cuales se originó la civilización-, o nuestra civilización se muere.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

(1) *Homeless*. En inglés, persona o grupo de personas sin hogar.

(2) *Dope Inc.* Alusión al narcotráfico organizado desde las altas esferas políticas y económicas.

(3) *Edades Oscurantistas*. Traduzco así la expresión *Dark Ages*, propia de la historiografía inglesa del siglo XIX y que alude al período europeo de decadencia social que comenzó con la caída de Roma y que culminó con el Renacimiento. Vendría a coincidir con lo que en español llamamos sencillamente la Edad Media.

(4) *Civilización judeo-cristiana*. El autor utiliza aquí una expresión cuyo uso, aún cuando se encuentra muy generalizado desde la segunda mitad del siglo XX, no deja de ser problemático. En el contexto del presente escrito, debería entenderse por judeo-cristiana a la civilización que reconoce tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento como textos

inspirados. Hay que decir, sin embargo, que mientras que una civilización exclusivamente cristiana cumpliría con dicho requisito, una civilización exclusivamente judaica rechazaría de plano al Nuevo Testamento como texto inspirado, en tanto que leería al Antiguo según la óptica del Talmud y de otros escritos rabínicos, los cuales tienden ciertamente a minimizar su importancia por fuera de las interpretaciones de aquellos a los que el judaísmo llama sus "sabios". Esto sugiere que, lejos de poder integrarse en una civilización, las corrientes cristiana y judaica son, en última instancia, totalmente incompatibles cuando permanecen coherentes consigo mismas.

(5) *Comintern*. Internacional Comunista.

- I. La Escuela de Frankfurt y la *Intelligentsia* Bolchevique
- II. El Establishment se Vuelve Bolchevique: El "Entretenimiento" Reemplaza al Arte
- III. Creando "Opinión Pública": El Cuco de la "Personalidad Autoritaria" y la OSE
- IV. El *Eros* Aristotélico: Marcuse y la Contracultura de las Drogas de la CIA

I. La Escuela de Frankfurt y la *Intelligentsia* Bolchevique

El único y muy importante componente organizacional de esta conspiración fue un *think tank* (1) comunista llamado Instituto para la Investigación Social, popularmente conocido como la Escuela de Frankfurt.

En los embriagantes días posteriores a la revolución bolchevique en Rusia, se creía ampliamente que la revolución proletaria se propagaría enseguida más allá de los Urales (2), hacia Europa y, finalmente, hasta Norteamérica. No fue así; los únicos dos intentos de gobierno de los trabajadores en Occidente -en Munich y en Budapest- duraron apenas unos meses. La Internacional Comunista (*Comintern*) dio inicio, por lo tanto, a una serie de operaciones a fin de determinar por qué ocurrió aquello. Una de las tales fue encabezada por Georg Lukacs, un aristócrata húngaro, hijo de uno de los principales banqueros del imperio Habsburgo. Entrenado en Alemania y ya un importante teórico literario, Lukacs se hizo comunista durante la Primera Guerra Mundial y, luego de unirse al Partido, escribió "¿Quién nos salvará de la civilización occidental?" Lukacs encajaba inmejorablemente para la tarea de la *Comintern*: había sido uno de los Comisarios de Cultura durante el breve gobierno soviético húngaro en Budapest, en 1919; de hecho, los historiadores modernos vinculan la brevedad del experimento de Budapest con las órdenes de Lukacs para que se impartiera educación sexual en las escuelas, para que

hubiese un fácil acceso a la anticoncepción y para que se liberasen las leyes del divorcio, todo lo cual repugnó a la población católica romana de Hungría.

En su huída hacia la Unión Soviética luego de la contra-revolución, Lukacs fue introducido secretamente en Alemania en 1922, donde presidió una reunión de sociólogos e intelectuales de orientación comunista. Dicha reunión fundó el Instituto para la Investigación Social. Durante la década siguiente, el Instituto desarrolló lo que llegaría a ser la más exitosa operación de guerra psicológica de la *Comintern* en contra del Occidente capitalista.

Lukacs precisó que cualquier movimiento político capaz de llevar el bolchevismo al Occidente debería ser -en sus propias palabras- “demoníaco”; debería “poseer el poder religioso capaz de llenar el alma por entero, un poder que caracterizó al cristianismo primitivo”. Sin embargo -sugería Lukacs-, semejante movimiento político “mesiánico” sólo podría triunfar cuando el individuo crea que sus acciones son determinadas “no por un destino personal, sino por el destino de la comunidad”, en un mundo “que ha sido abandonado por Dios” (3). El bolchevismo funcionó en Rusia debido a que aquella nación fue dominada por una peculiar forma gnóstica de cristianismo tipificada por los escritos de Fiodor Dostoievsky. “El modelo del hombre nuevo es Aliosha Karamazov”, decía Lukacs en referencia al personaje de Dostoievsky que rindió voluntariamente su identidad personal a un hombre santo, que cesó así de ser y devino “único, puro y, por lo tanto, abstracto”.

Este abandono de la individualidad del alma resuelve también el problema de “las fuerzas diabólicas que se refugian en la violencia”, las cuales deben ser desatadas a fin de crear una revolución. En dicho contexto, Lukacs citaba el capítulo del Gran Inquisidor de *Los Hermanos Karamazov* de Dostoievsky, y observaba que el Inquisidor que interrogaba a Jesús había resuelto la cuestión del bien y del mal: una vez que el hombre ha comprendido su alienación respecto de Dios, cualquier acto de violencia al servicio del “destino de la comunidad” queda justificado; dicho acto no puede ser “ni un crimen ni una locura... Pues el crimen y la locura son objetivaciones de una orfandad (4) trascendente”.

De acuerdo a un testigo ocular, durante las reuniones de la cúpula del Soviet Húngaro, en 1919, Lukacs citaba con frecuencia al Gran Inquisidor: “Y nosotros, que por la felicidad de ellos hemos cargado con sus pecados, nos plantaremos ante ti y diremos: ‘Júzganos, si puedes y si te atreves’”.

El Problema del Génesis

Lo que diferenciaba al Occidente respecto de Rusia, observaba Lukacs, era

una matriz cultural judeo-cristiana que enfatizaba precisamente la individualidad y la sacralidad del individuo de la cual Lukacs abjuraba. Esencialmente, la ideología occidental dominante sostenía que, mediante el ejercicio de su razón, el individuo podía discernir la Voluntad Divina en el marco de una relación inmediata. Y lo que era aún peor desde la perspectiva de Lukacs: dicha relación razonable implicaba necesariamente que el individuo podría y debería cambiar el universo físico en su búsqueda del Bien; que el Hombre debería tener dominio sobre la Naturaleza, tal como se dice en el mandato bíblico del Génesis. El problema consistía en que, en la medida en que el individuo tuviese la creencia -o incluso la esperanza de la creencia- de que su chispa de razón podría resolver los problemas que enfrenta la sociedad, ésta jamás alcanzaría el estado de desesperanza y alienación que Lukacs reconocía como un necesario requisito previo para la revolución socialista.

Por lo tanto, la tarea de la Escuela de Frankfurt fue, en primer lugar, la de minar el legado judeo-cristiano mediante una “abolición de la cultura” (*Aufhebung der Kultur*, en el alemán de Lukacs) y, en segundo término, la de determinar *nuevas formas culturales que incrementarían la alienación de la población*, creando así un “nuevo barbarismo”. Para dicha tarea se reunió, tanto dentro como en torno a la Escuela de Frankfurt, una increíble variedad, no sólo de comunistas, sino también de socialistas apartidarios, fenomenólogos radicales, sionistas, freudianos renegados y al menos un par de miembros de un autodenominado “culto de Astarté”. La variopinta membresía reflejaba, hasta cierto punto, al mecenazgo: si bien el Instituto para la Investigación Social comenzó con apoyo de la *Comintern*, durante las siguientes tres décadas sus fuentes de financiamiento incluyeron a varias universidades alemanas y americanas, a la Fundación Rockefeller, a la Columbia Broadcasting System (5), al Comité Judío Americano, a varios servicios de inteligencia americanos, a la Oficina del Alto Comisariado de los Estados Unidos para Alemania, a la Organización Internacional del Trabajo, y al Instituto Hacker, una clínica psiquiátrica para ricos en Beverly Hills.

En cuanto a las filiaciones políticas del Instituto, si bien el personal superior mantenía lo que podría llamarse una relación sentimental con la Unión Soviética (y hay pruebas de que algunos de ellos trabajaron para la inteligencia soviética entrada la década del '60), el Instituto consideraba sus metas como más altas que las de la política exterior soviética. Stalin, que estaba horrorizado frente a la indisciplinada y “cosmopolita” operación montada por sus predecesores, aisló al Instituto hacia fines de la década del '20, obligando a Lukacs a la “autocrítica” y encarcelándolo por un corto tiempo bajo el cargo de germanófilo durante la Segunda Guerra Mundial.

Lukacs sobrevivió para reasumir brevemente su antiguo cargo de Ministro de

Cultura durante el régimen anti-stalinista de Imre Nagy en Hungría. De las otras figuras principales del Instituto, resultan típicos los devaneos políticos de Herbert Marcuse. Éste comenzó como un comunista; se convirtió luego en un protegido del filósofo Martin Heidegger, incluso en el momento en el que éste se afilió al Partido Nazi; al venir hacia América, trabajó para la Oficina de Servicios Estratégicos (OSE) de la Segunda Guerra Mundial, para convertirse luego en el principal analista de la política soviética en el Departamento de Estado del período de McCarthy; en la década del '60, gracias a un nuevo giro, se convirtió en el gurú de la Nueva Izquierda; por último, culminó sus días ayudando a la fundación del extremista y ambientalista Partido Verde en Alemania Occidental.

En toda esta aparente incoherencia de posiciones cambiantes y de giros de fondos contradictorios no hay conflicto ideológico alguno. La constante es el deseo de todas las partes de responder a la pregunta original de Lukacs: “¿Quién nos salvará de la civilización occidental?”

Theodor Adorno y Walter Benjamin

Acaso el más importante -aunque tal vez menos conocido- de los éxitos de la Escuela de Frankfurt ha sido el moldeamiento de los medios de comunicación electrónicos de la radio y la televisión en los poderosos instrumentos de control social que éstos hoy representan. Esto se derivó del trabajo realizado originalmente por dos hombres que llegaron al Instituto a finales de la década del '20: Theodor Adorno y Walter Benjamin.

Luego de completar sus estudios en la Universidad de Frankfurt, Walter Benjamin planeaba emigrar a Palestina en 1924, junto a su amigo Gershom Scholem (quien luego se convertiría en uno de los más famosos filósofos de Israel, así como también en el principal gnóstico del judaísmo), pero esto le fue impedido por una relación amorosa con Asja Lacis, una actriz latvia y enlace de la *Comintern*. Lacis lo condujo rápidamente a la isla italiana de Capri, un centro de culto desde los días del emperador Tiberio, utilizado luego como base de entrenamiento de la *Comintern*. El totalmente apolítico Benjamin escribió desde Capri a Scholem diciéndole que había hallado “una liberación existencial y un intensivo entendimiento de la autenticidad del comunismo radical”.

Lacis llevó luego a Benjamin a Moscú para profundizar su adoctrinamiento, y éste conocería allí al dramaturgo Bertolt Brecht, con quien comenzaría una extensa colaboración mutua. Poco después, mientras trabajaba en la primera traducción alemana del poeta francés y entusiasta de las drogas Baudelaire, Benjamin comenzó a experimentar seriamente con alucinógenos. En 1927 se

encontraba en Berlín como parte de un grupo liderado por Adorno, estudiando las obras de Lukacs. Otros miembros del grupo de estudio eran Brecht y su socio de composición, Kurt Weill, Hans Eisler -otro compositor que llegaría luego a componer música de películas en Hollywood y que fuera coautor, junto a Adorno, del texto *Composición para las Películas*-, el fotógrafo de vanguardia Imre Moholy-Nagy y el director de orquesta Otto Klemperer.

Desde 1928 hasta 1932, Adorno y Benjamin tuvieron una intensa colaboración mutua, al final de la cual comenzaron a publicar artículos en la revista periódica del Instituto, la *Zeitschrift für Sozial Sozialforschung*. A Benjamin se lo mantuvo en los márgenes del Instituto, mayormente debido a Adorno, quien se apropiaría luego de mucho de su trabajo. Cuando Hitler llegó al poder, el equipo del Instituto huyó, pero mientras que la mayoría de sus miembros fueron prontamente asignados a nuevos proyectos en los Estados Unidos y en Inglaterra, no hubo oferta laboral alguna para Benjamin, probablemente debido a la animadversión de Adorno. Benjamin se fue a Francia y, luego de la invasión alemana, huyó a la frontera con España; esperando un inminente arresto por parte de la Gestapo, cayó en la desesperación y murió en una lúgubre habitación de hotel por una sobredosis de drogas auto-suministrada.

La obra de Benjamin permaneció casi por completo desconocida hasta 1955, cuando Scholem y Adorno publicaron una edición de su material en Alemania. El *revival* completo tuvo lugar en 1968, cuando Hannah Arendt, ex-amante de Heidegger y colaboradora del Instituto en América, publicó un gran artículo sobre Benjamin en la revista *New Yorker*, seguido, en aquel mismo año, por la primera traducción inglesa de su obra. Hoy, toda librería universitaria del país (6) se jacta de poseer todo un anaquel dedicado a las traducciones de cada minúscula sobra que Benjamin escribiera más su exegesis, todo ello con fechas de copyright de la década del '80.

Adorno era más joven que Benjamin, y era tan agresivo como éste pasivo. Nacido como Teodoro Wiesengrund-Adorno en el seno de una familia corsa, aprendió piano a una edad temprana, gracias a la enseñanza de una tía que vivía con la familia y que había sido acompañante de concierto de la estrella internacional de la ópera Adelina Patti. Se pensaba en general que Theodor llegaría a ser un músico profesional, y de hecho estudió con Bernard Sekles, el maestro de Hindemith. Sin embargo, en 1918, cuando era aún un estudiante de gymnasium, Adorno conoció a Siegfried Kracauer. Kracauer era integrante de un salón sionista kantiano que se reunía en casa del rabino Nehemiah Nobel, en Frankfurt; otros miembros del círculo de Nobel eran el filósofo Martin Buber, el escritor Franz Rosenzweig y dos estudiantes, Leo Lowenthal y Erich Fromm. Kracauer, Lowenthal y Fromm se unirían al Instituto para la Investigación Social dos décadas después. Adorno se involucró con Kracauer

para tutorarlo en la filosofía de Kant. Kracauer lo introdujo a su vez a los escritos de Lukacs y le presentó a Walter Benjamin, quien rondaba la camarilla de Nobel.

En 1924, Adorno se mudó a Viena para estudiar con los compositores atonalistas Alban Berg y Arnold Schönberg, llegando a conectarse también al círculo de vanguardia y ocultista formado en torno al viejo marxista Karl Kraus. Aquí no solamente conoció a su futuro colaborador, Hans Eisler, sino que también entró en contacto con las teorías del freudiano extremista Otto Gross. Gross, un cocainómano de larga data, había muerto en una canaleta de Berlín, en camino para ayudar a la revolución en Budapest. Había desarrollado la teoría de que la salud mental sólo podría lograrse mediante el reavivamiento del culto de Astarté, el cual barrería con el monoteísmo y con la “familia burguesa”.

Salvando la Estética Marxista

Hacia 1928, Adorno y Benjamin habían satisfecho sus ansias intelectuales de mundo y se habían establecido en el Instituto para la Investigación Social, en Alemania, con la finalidad de trabajar. Escogieron como sujeto un aspecto del problema planteado por Lukacs: cómo proveer a la estética de un sólido fundamento materialista. Se trataba esto de una cuestión que revestía, por entonces, cierta importancia. Las discusiones soviéticas oficiales acerca del arte y la cultura -con sus absurdos giros hacia el “realismo socialista” y el *proletkult* (7)- eran idiotas, y sólo servían para desacreditar las reivindicaciones que el marxismo hacía de sí mismo como una filosofía entre los intelectuales. Los propios escritos de Karl Marx sobre la materia eran, en el mejor de los casos, superficiales y banales.

En esencia, el problema de Adorno y Benjamin era Gottfried Wilhelm Leibniz. Al comienzo del siglo dieciocho, Leibniz había destituido una vez más el dualismo gnóstico de siglos que dividía la mente y el cuerpo, demostrando que la materia no piensa. Un acto creativo en las artes o en las ciencias aprehende la verdad del universo físico, pero no se encuentra determinado por el mismo. Al concentrar de manera auto-conciente el pasado en el presente para llevar a cabo el futuro, el acto creativo, propiamente definido, es tan inmortal como el alma que lo imagina. Esto posee implicancias filosóficas fatales para el marxismo, el cual descansa por entero sobre la hipótesis de que la actividad mental se encuentra determinada por las relaciones sociales excretadas por la producción de la humanidad de su propia existencia física.

Marx evadió el problema de Leibniz, tal como lo hicieron Adorno y Benjamin,

aunque estos últimos lo hicieron con un poco más de elegancia. Es erróneo - decía Benjamin en sus primeros artículos dedicados a la cuestión- comenzar con la mente razonable e hipotetizante como el fundamento del desarrollo de la civilización; esto es un desafortunado legado de Sócrates. Como alternativa, Benjamin planteó una fábula aristotélica como clave interpretativa del Génesis: Asúmase que el Edén fue dado a Adán como el estado físico primordial. El origen de la ciencia y de la filosofía no radica en la investigación y en el dominio de la naturaleza, sino en el *dar nombre* a los objetos de ésta; en el estado primordial, el nombrar una cosa era decir todo lo que había para decir acerca de ella. En apoyo de esto, Benjamin traía cínicamente a cuenta las primeras líneas del Evangelio según San Juan, evitando cuidadosamente la vastedad filosófica de la lengua griega, y prefiriendo la Vulgata (de manera que en la frase “En el comienzo era la Palabra”, las connotaciones de la palabra original griega *logos* -discurso, razón, raciocinio- traducidas como “Palabra, son reemplazadas por el sentido más acotado de la palabra latina *verbum*). Luego de la expulsión del Edén y del requisito, impuesto por Dios, de que el hombre se ganase el pan que comía con el sudor de su frente (la metáfora marxista de Benjamin para el desarrollo de las economías), con posterioridad a la maldición divina de Babel recaída sobre Nimrod (esto es, el desarrollo de las naciones-estado con diferentes lenguas, al cual Benjamin y Marx veían como un proceso negativo que se alejaba del “comunismo primitivo” del Edén), la humanidad llegó a estar “enajenada” del mundo físico.

Así -continuaba Benjamin-, los objetos siguen emanando un “aura” de su forma primordial, pero la verdad es ahora irremediablemente elusiva. De hecho, el discurso, el lenguaje escrito, el arte, la creatividad misma -aquella mediante la cual dominamos el mundo físico- meramente profundizan el enajenamiento al intentar -en la jerga de Marx- incorporar los objetos de la naturaleza a las relaciones sociales determinadas por la estructura de clases dominante en dicho punto de la historia. El artista creativo o el científico, por lo tanto, es un recipiente, tal como se describe a sí mismo el rapsoda Ion ante Sócrates o como lo es un moderno defensor de la “teoría del caos”: el acto creativo emerge del amasijo de la cultura como por arte de magia. Cuanto más intenta el burgués expresar aquello que lo atrae de un objeto, menos veraz se vuelve; o, para decirlo con uno de los dichos de Benjamin citados con más frecuencia: “La verdad es la muerte de la intención”.

La prestidigitación filosófica le permite a uno llevar a cabo varias cosas destructivas. Al convertir a la creatividad en históricamente específica, se la priva tanto de su inmortalidad como de su moralidad. Uno no puede hipotetizar la verdad universal o la ley natural, puesto que la verdad es completamente relativa al desarrollo histórico. Al descartar la idea de verdad y de error, se debe también echar fuera el concepto “obsoleto” del bien y del

mal; se está, en palabras de Friedrich Nietzsche, “más allá del bien y del mal”. Benjamin es capaz, por ejemplo, de defender lo que él llama el satanismo de los simbolistas franceses o de sus sucesores surrealistas, pues en el núcleo de dicho satanismo “encuentra uno el culto del mal como estratagema política... para desinfectarse y aislarse de todo diletantismo moralizante” de la burguesía. Condenar el satanismo de Rimbaud como algo malvado es tan incorrecto como ensalzar un cuarteto de Beethoven o un poema de Schiller como buenos; pues ambos juicios se encuentran ciegos ante las fuerzas históricas que operan *inconscientemente* sobre el artista.

Así, se nos dice, la última estructura de cuerdas de Beethoven luchaba por ser atonal, pero Beethoven no logró romper *concientemente* con el estructurado mundo del Congreso de Viena Europa [sic] (la tesis de Adorno); de manera similar, Schiller quería realmente declarar que la creatividad era la liberación del erotismo, pero como auténtico hijo de la Ilustración y de Immanuel Kant no pudo llevar a cabo la requerida renuncia a la razón (la tesis de Marcuse). La epistemología se vuelve así un pariente pobre de la opinión pública, puesto que el artista no crea conscientemente sus obras a fin de elevar a la sociedad, sino que transmite inconscientemente las asunciones ideológicas de la cultura en la cual nació. La cuestión ya no consiste en aquello que es universalmente verdadero, sino en aquello que puede ser plausiblemente interpretado por los auto-proclamados guardianes del *Zeitgeist*.

“Los Nuevos Malos Tiempos”

Así, para la Escuela de Frankfurt, la meta de una élite cultural en la moderna era “capitalista” debe ser la de arrancar la creencia de que el arte se deriva de una emulación auto-conciente de Dios el Creador; “la iluminación religiosa” -dice Benjamin- debe mostrarse como “residente de una iluminación profana, una inspiración antropológica materialista, de la cual el hashish, el opio o cualquier otra cosa puedan ofrecer una lección introductoria”. Al mismo tiempo, *deben hallarse nuevas formas culturales para incrementar la alienación de la población*, a fin de que ésta comprenda cuán verdaderamente alienante es el vivir sin el socialismo. “Que no se construya sobre los buenos viejos tiempos, sino sobre los nuevos y malos”, decía Benjamin.

La dirección apropiada en pintura, por lo tanto, es aquella tomada prestada del Van Gogh tardío, quien comenzó a pintar objetos en desintegración, con el equivalente del ojo de un fumador de hashish que “deja ir y atrae a las cosas del mundo que les es familiar”. En música, “no se sugiere que uno pueda componer hoy mejor” que Mozart o Beethoven, dice Adorno, sino que uno debe componer atonalmente, pues el atonalismo es enfermizo, y “la

enfermedad, dialécticamente, es al mismo tiempo la cura... La reacción de protesta extraordinariamente violenta que enfrenta dicha música en la sociedad actual... parece sin embargo sugerir que la función dialéctica de esta música pueda estar ya siendo sentida... negativamente, como ‘destrucción’”.

El propósito del arte moderno, de la literatura y de la música, debe ser el de destruir el potencial elevador -y, por ende, burgués- del arte, de la literatura y de la música, de manera que el hombre, *privado de su conexión con lo divino*, vea su única opción creativa en la revuelta política. “Organizar el pesimismo significa no otra cosa que expulsar a la metáfora de la política y descubrir en la acción política una esfera reservada en un cien por ciento a las imágenes.” Así, Benjamin colaboró con Brecht para llevar estas teorías a una forma práctica, y su esfuerzo conjunto culminó en el *Verfremdungseffekt* (“efecto de enajenación”), el intento de Brecht de escribir sus obras de manera tal que hiciesen éstas que el público se fuese del teatro desmoralizado y desorientadamente enojado.

Corrección Política

El análisis de Adorno-Benjamin representa casi por entero el fundamento teórico de toda la tendencia estética políticamente correcta que hoy plaga nuestras universidades. El post-estructuralismo de Roland Barthes, Michel Foucault y Jacques Derrida, la semiótica de Umberto Eco, el deconstrucciónismo de Paul DeMan: todos citan abiertamente a Benjamin como la fuente de sus obras. El terrorista best-seller italiano de Eco, *El Nombre de la Rosa*, es poco más que un peán (8) a Benjamin; DeMan, el ex-colaborador nazi en Bélgica que llegó a ser un prestigioso profesor de Yale, comenzó su carrera traduciendo a Benjamin; la infame declaración de Barthes, en 1968, de que “el autor está muerto” se presenta como una elaboración en base a un *dictum* de intención de Benjamin. Éste ha sido de hecho llamado el heredero de Leibniz y de Wilhelm von Humboldt, el filólogo colaborador de Schiller cuyas reformas educacionales engendraron el tremendo desarrollo de Alemania en el siglo diecinueve. Incluso en una fecha tan reciente como septiembre de 1991, el *Washington Post* se refería a Benjamin como al “más fino teórico literario alemán del siglo (y muchos habrían hecho a un lado el calificativo de alemán)”.

Los lectores indudablemente habrán escuchado alguna u otra historia de terror acerca de cómo un Departamento de Estudios Afro-Americanos ha procurado prohibir *Otelo* debido a que es “racista”, o de cómo una profesora feminista radicalizada dio una conferencia ante una audiencia en la Asociación de la Lengua Moderna sobre las brujas como las “verdaderas heroínas” de *Macbeth*. Dichas atrocidades ocurren debido a que sus

perpetradores son capaces de demostrar, en la tradición de Benjamin y Adorno, que la intención de Shakespeare es irrelevante; lo importante es el “subtexto” racista o falo-céntrico del cual Shakespeare era inconciente al momento de escribir.

Cuando el Departamento de Estudios Femeninos o de Estudios del Tercer Mundo organiza a los estudiantes para que abandonen a los clásicos en favor de autores negros o feministas, las razones esgrimidas son puro Benjamin. No se trata de que dichos escritores modernos sean mejores, sino de que, de alguna forma, son más veraces, ¡debido a que su prosa alienada refleja los problemas sociales modernos, de los cuales los autores más antiguos eran ignorantes! A los estudiantes se les está enseñando que el lenguaje mismo es - tal como decía Benjamin- un mero conglomerado de falsos “nombres”, endilgados a la sociedad por parte de sus opresores, y se les advierte en contra del “logo-centrismo”, la excesiva confianza burguesa en las palabras.

Si estas payasadas de campus parecen “retrasadas” (en palabras de Adorno), se debe a que están planeadas para serlo. El quiebre más importante de la Escuela de Frankfurt consiste en la conciencia de sus miembros de que sus más monstruosas teorías podían llegar a ser dominantes en la cultura, como resultado de los cambios en la sociedad traídos por aquello que Benjamin llamaba “la era de la reproducción mecánica del arte”.

(*) Publicado en la revista *Fidelio*, Vol. I, Nº 1, invierno de 1992.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

(1) *Think tank*. Comité o grupo de expertos que se reúnen con regularidad a fin de hallar soluciones para uno o más asuntos planteados de manera específica.

(2) *Los Urales*. Cadena montañosa que separa a Asia de Europa.

(3) Es el autor quien enfatiza aquí las palabras de Lukacs.

(4) *Orfandad*. Traduzco así el original homelessness -de difícil, si no imposible- traducción literal-, el cual denota una carencia de hogar más que una carencia de padre, como en el caso del huérfano.

(5) *Columbia Broadcasting System*. Se trata de la CBS, la archiconocida empresa americana de multimedios.

(6) *Del país*. Esto es, de los Estados Unidos de América.

(7) *Proletkult*. Culto del proletario.

(8) *Peán*. Cántico triunfal o de acción de gracias de la épica y la lírica griegas antiguas; generalmente, iba dirigido a un dios.

II. El Establishment se Vuelve Bolchevique: El “Entretenimiento” Reemplaza al Arte

Antes del siglo veinte, la distinción entre arte y “entretenimiento” era mucho más pronunciada. Se podía, ciertamente, hallar entretenimiento en el arte, pero la experiencia era activa, no pasiva. En un primer nivel, se debía realizar la elección conciente de ir a un concierto, de visitar una determinada exhibición de arte, de comprar un libro o una partitura musical. Resultaba improbable que algo más que una fracción infinitesimal de la población fuera a tener la oportunidad de ver *El Rey Lear* o de escuchar la Novena Sinfonía de Beethoven más de una vez en su vida. El arte demandaba que se apelase por entero a los propios poderes de concentración y al conocimiento de la materia con la que uno se enfrentaba; de otra forma, la experiencia en cuestión era considerada como un desperdicio. Estos eran los tiempos en los que la memorización de la poesía y de piezas enteras, así como también la reunión de amigos y familia para un “concierto de salón”, eran la norma, incluso en los hogares rurales. Eran estos también los días previos a la “apreciación de la música”; cuando se estudiaba música, como muchos hacían, se aprendía a interpretarla y no a apreciarla.

Sin embargo, las nuevas tecnologías de la radio, el cine y la música grabada representaron -para utilizar la palabra marxista de moda (véase más abajo *Los Hippies Nazi-Comunistas de los Años '20*)- un potencial dialéctico. Por un lado, dichas tecnologías ofrecían la posibilidad de llevar las más grandes obras de arte a millones de personas que de otra forma no hubieran tenido acceso a las mismas; por el otro, el hecho de que la experiencia fuera infinitamente reproducible podía tender a desconectar la mente del público, tornando a la experiencia menos sagrada e incrementando, por ende, la alienación. Adorno llamaba a este proceso “desmitificar”. Esta nueva pasividad -especulaba Adorno en un artículo crucial publicado en 1938- podía fracturar a una composición musical en partes “entretenidas”, que serían “fetichizadas” en la memoria del escucha, y en partes difíciles, las cuales serían olvidadas. Continúa Adorno:

“La contraparte del fetichismo es una regresión del acto de escuchar. Esto no significa una recaída del escucha individual en una fase de su propio desarrollo ni un declive en el nivel colectivo general, puesto que los millones que son abordados musicalmente por primera vez por las comunicaciones de masas del presente no pueden compararse con las audiencias del pasado. Es

más bien el acto de escuchar contemporáneo el que ha sufrido una regresión, deteniéndose en la etapa infantil. Junto a la libertad de elección y a la responsabilidad, los sujetos de la escucha no sólo pierden la capacidad de percepción conciente de la música... [sino que también] fluctúan entre el olvido completo y la súbita zambullida en el reconocimiento. Escuchan de manera atomista y disocian lo que oyen, pero es precisamente en dicha disociación que desarrollan ciertas capacidades que se avienen menos a los conceptos estéticos tradicionales que a los del fútbol o el automovilismo. No son ingenuos... pero sí aniñados; su primitivismo no es el de quien no se ha desarrollado, sino el de quien ha sido *forzado al retraso* (1).”

Este retraso y pre-condicionamiento conceptual causado por el acto de la escucha sugería que la programación podía determinar la preferencia. El hecho mismo de poner, digamos, un número de Benny Goodman inmediatamente después de una sonata de Mozart en la radio, tendería a amalgamar a ambos en una entretenedora “música-de-la-radio” en la mente del escucha. Esto significaba que incluso ideas nuevas y difíciles de digerir podían tornarse populares al “renombrarlas” mediante el homogeneizador universal de la industria cultural. Tal como lo plantea Benjamin:

“La reproducción mecánica del arte modifica la reacción de las masas frente al arte. La actitud reaccionaria hacia las pinturas de Picasso se vuelve una reacción progresista frente a una película de Chaplin. La reacción progresista está caracterizada por la fusión directa e íntima del disfrute visual y emocional con la orientación del experto... En lo que hace a la pantalla, las actitudes crítica y receptiva del público coinciden. La razón decisiva de esto consiste en que las reacciones individuales son predeterminadas por la respuesta del público de masas que éste mismo público va a producir, y esto en ninguna parte se halla tan pronunciado como en el cine.”

A su vez, el poder mágico de los medios de comunicación podía utilizarse para redefinir ideas previas. “Shakespeare, Rembrandt y Beethoven; todos ellos harán películas”, concluía Benjamin, citando al pinero francés del cine Abel Gance: “...todas las leyendas, todas las mitologías, todos los mitos, todos los fundadores de religiones y las religiones mismas... esperan su resurrección a la vista de todos”.

Control Social: El “Proyecto Radio”

Había aquí, entonces, algunas potentes teorías de control social. Las grandes posibilidades de este trabajo con los medios de comunicación por parte de la Escuela de Frankfurt fueron, probablemente, el factor que más contribuyó para el apoyo dado al Instituto para la Investigación Social por los bastiones

del Establishment, luego de que el grupo transfiriera sus operaciones a América en 1934.

En 1937, la Fundación Rockefeller comenzó a financiar la investigación de los efectos sociales de las nuevas formas de comunicación de masas, particularmente de la radio. Antes de la Primera Guerra Mundial, la radio había sido un juguete de aficionados, con sólo 125.000 aparatos receptores en todos los Estados Unidos; veinte años después se había convertido en el principal entretenimiento del país: en 1937, de 32 millones de familias americanas, 27,5 millones tenían aparatos de radio -un porcentaje más alto que el de aquellas que tenían teléfonos, automóviles, agua potable o electricidad! Aún así, no se había llevado a cabo casi ningún estudio sistemático hasta entonces. La Fundación Rockefeller alistó a varias universidades y ubicó el cuartel general de dicha red en la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales, en la Universidad de Princeton. Nombrada como la Oficina de Investigación de la Radio, fue popularmente conocida como el “Proyecto Radio”.

El director del Proyecto era Paul Lazarsfeld, hijo adoptivo del economista marxista austriaco Rudolph Hilferding y colaborador de larga data del Instituto para la Investigación Social desde comienzos de la década de los '30. Debajo de Lazarsfeld se encontraba Frank Stanton, un por entonces reciente doctor en psicología industrial del estado de Ohio que acababa de ser nombrado director de investigación de la Columbia Broadcasting System -un gran título pero un puesto bajo. Luego de la Segunda Guerra Mundial, Stanton se convirtió en presidente de la División de Noticias de la CBS y finalmente en presidente de la CBS, en la cima del poder de dicha cadena televisiva; llegó a ser también el presidente del directorio de la Corporación RAND (2) y miembro de la “cocina” del gabinete del presidente Lyndon Johnson. Entre los investigadores del Proyecto se hallaban Herta Herzog, quien se casó con Lazarsfeld y llegó a ser la primera directora de investigación para la Voz de América (3), y Hazel Gaudet, el cual se convertiría en uno de los principales encuestadores políticos de la nación. Theodor Adorno fue nombrado jefe de la sección musical del Proyecto.

A pesar del esmalte oficial, las actividades del Proyecto Radio dejan en claro que su propósito era el de probar empíricamente la tesis de Adorno-Benjamin de que el efecto global de los medios de comunicación de masas podría ser la atomización y el incremento de la volubilidad, algo que la gente llamaría más tarde “lavado de cerebro”.

Las Radionovelas y la Invasión de Marte

Los primeros estudios fueron prometedores. Herta Herzog produjo “Sobre las Experiencias Tomadas de Prestado”, la primera investigación exhaustiva sobre las radionovelas. El formato de “drama serial radiofónico” fue utilizado por primera vez en 1929, inspirados en la vieja serie cinematográfica de suspenso “Los Peligros de Pauline”. Debido a que estas breves obras radiales eran altamente melodramáticas, llegaron a ser popularmente identificadas con la gran opera italiana; y puesto que eran generalmente auspiciadas por fabricantes de jabón, terminaron llevando el nombre genérico de “soap opera” (4).

Hasta el trabajo de Herzog, se creía que la inmensa popularidad de este formato se daba mayormente entre las mujeres de más baja posición económica, las cuales estaban, en medio de sus limitadas circunstancias de vida, necesitadas de un escape auxiliador hacia lugares exóticos y situaciones románticas. Un artículo típico de aquel período y cuya autoría pertenece a dos psicólogos de la Universidad de Chicago (5), “La Serie Radial Diurna: Análisis Simbólico”, aparecido en la publicación periódica *Genetic Psychology Monographs* (Monografías sobre Genética Psicológica), enfatizaba solemnemente su aspecto positivo, sosteniendo que las radionovelas “funcionan de manera muy similar a la de los cuentos populares y expresan las esperanzas y los miedos de su audiencia femenina, contribuyendo en términos generales a su integración vital en el mundo en el que viven”.

Herzog descubrió que, de hecho, no existía correlación alguna con la situación socioeconómica. Más aún: existía una sorprendentemente pequeña correlación con el contenido. El factor clave -tal como las teorías de Adorno y de Benjamin sugerían que ocurriría- era el *formato* mismo de la serie; las mujeres se estaban tornando efectivamente adictas al formato, no tanto para entretenerte o para evadirse, sino para “enterarse de lo que sucederá la próxima semana”. De hecho -descubrió Herzog- casi se podía duplicar la audiencia de una obra radial dividiéndola en segmentos.

Los lectores modernos reconocerán de inmediato que esta lección no fue desaprovechada por la industria del entretenimiento. En la actualidad, el formato serial se ha extendido a la programación infantil y a los programas de alto presupuesto del horario central. Los programas de televisión más vistos de la historia siguen siendo el capítulo de *Dallas* titulado “¿Quién mató a J. R.?” y el episodio final de *M.A.S.H.*, siendo la premisa común a ambos el formato de “¿qué sucederá después?”. Incluso las películas -como la trilogía de *Star Wars* [La Guerra de las Galaxias] o la de *Back to the Future* [Volver al Futuro]- son producidas ahora como series, a fin de captar a los espectadores para futuros capítulos. También la humilde telenovela diurna conserva sus cualidades adictivas en la era presente: el 70% de todas las mujeres americanas mayores de dieciocho miran hoy al menos dos de estos programas

a diario, y hay una audiencia creciente entre los hombres y los estudiantes universitarios de ambos sexos.

El siguiente estudio de importancia del Proyecto Radio fue una investigación de los efectos de la obra radial que Orson Welles transmitió para la Noche de Brujas de 1938, la cual se basaba en *La Guerra de los Mundos*, de H. G. Wells. Seis millones de personas escucharon aquel programa, el cual describía con realismo la invasión de una fuerza marciana en la zona rural de New Jersey. A pesar de los repetidos y claros anuncios de que el programa era una ficción, aproximadamente un 25% de los oyentes lo tomaron por algo real, algunos de ellos con un pánico manifiesto. Los investigadores del Proyecto Radio descubrieron que la mayoría de la gente que entró en pánico no creyó que hubiera habido una invasión de seres de Marte; en realidad, creyeron que eran los alemanes quienes habían invadido.

Sucedió así. Los oyentes habían sido psicológicamente pre-condicionados por reportes radiales sobre la crisis de Munich con anterioridad, durante aquel mismo año. Durante dicha crisis, el hombre de la CBS en Europa, Edward R. Murrow, tuvo éxito con la idea de interrumpir la programación regular para presentar breves boletines de noticias. Por primera vez en la historia de las transmisiones, las noticias no eran presentadas en segmentos analíticos más extensos, sino en breves fragmentos, lo que hoy llamamos “audio bites” (6). En el pináculo de la crisis, estos flashes se volvieron tan numerosos que, en palabras del productor de Murrow, Fred Friendly, “los boletines de noticias eran interrumpidos por nuevos boletines de noticias”. En tanto que los oyentes creían que el mundo estaba al borde de la guerra, los ratings de CBS subieron dramáticamente. Cuando Welles hizo su transmisión ficcional más tarde, luego de que la crisis se había apaciguado, utilizó esta técnica de boletín de noticias para dar verosimilitud a las cosas: comenzó la transmisión fingiendo un típico programa de música bailable, el cual era una y otra vez interrumpido por “reportes desde el lugar de los hechos, New Jersey” de crecientes efectos terroríficos. Los oyentes que entraron en pánico no reaccionaron al contenido, sino al formato; éstos oyeron: “Interrumpimos este programa para un boletín de emergencia”, una “invasión”, e inmediatamente concluyeron que Hitler había invadido. La técnica de las radionovelas, transvasada a las noticias, había operado en una vasta e inesperada escala.

La Pequeña Annie y el “Sueño Wagneriano” de la TV

En 1939, uno de los números de la trimestral *Journal of Applied Psychology* (Revista de Psicología Aplicada) fue ofrecido a Adorno y al Proyecto Radio para publicar allí algunos de sus hallazgos. La conclusión de éstos fue la de

que, en los últimos veinte años, los americanos se habían vuelto “radio-mentalizados”, y que la escucha de los mismos se había fragmentado tanto, que la repetición del formato era la clave de la popularidad. La lista de canciones determinaba los “éxitos” -una verdad bien conocida por el crimen organizado de ayer y de hoy-, y la repetición hacer de de cualquier tipo de música o de cualquier intérprete -incluso de un intérprete de música clásica- una “estrella”. En tanto en que se conservara una forma o contexto familiar, casi cualquier contenido se volvería aceptable. “No sólo son las canciones de éxito, las estrellas y las radionovelas cíclicamente recurrentes y tipos rígidamente invariables” -decía Adorno, resumiendo este material pocos años después- “sino que el contenido específico del entretenimiento mismo se deriva de éstos y sólo en apariencia cambia. Los detalles son intercambiables”.

El logro supremo del Proyecto Radio fue “Little Annie”, llamado oficialmente el Programa Analizador de Stanton-Lazersfeld. La investigación del Proyecto Radio había demostrado que todos los métodos previos de encuestas de pre-estrenos eran ineficaces. Hasta entonces, había un público de pre-estreno que escuchaba un programa o veía una película y al que se le hacían luego preguntas generales: ¿Le gustó el programa? ¿Qué piensa de tal o cual actuación? El Proyecto Radio se dio cuenta de que este método no tomaba en cuenta a la percepción atomizada del sujeto del testeo de público, y pidió a este que hiciese un análisis racional de lo que se suponía era una experiencia irracional. Entonces, el Proyecto creó un dispositivo en el cual cada miembro del público del testeo recibía una suerte de reóstato en el que éste podía registrar la intensidad de aquello que le gustaba o le desagradaba en un rango de minuto-a-minuto. Al comparar los gráficos individuales producidos por el dispositivo, los operadores podían determinar, no si al público le había gustado el programa -lo cual era irrelevante-, sino qué situaciones o personajes producían un sentimiento positivo, aún cuando fuera momentáneo.

Little Annie transformó los programas de radio, las películas y, finalmente, la programación de televisión. La CBS aún mantiene instalaciones para el análisis de programas en Hollywood y en New York; se dice que los resultados se corresponden en un 85% con los ratings. Otras cadenas y estudios cinematográficos tienen operativos similares. Este tipo de análisis es el responsable de la extraña sensación que se tiene cuando, viendo una película o un programa de TV nuevos, se piensa que ya se lo ha visto con anterioridad. Y es así, muchas veces. Si un analizador de programa indica, por ejemplo, que el público se sintió particularmente excitado por una breve escena en un drama de la Segunda Guerra Mundial que muestra a cierto tipo de actor besando a cierto tipo de actriz, entonces dicho formato de escena será introducido en docenas de guiones, trasvasado a la Edad Media, al espacio exterior; etc., etc.

El Proyecto Radio también se dio cuenta de que la televisión tenía el potencial de intensificar los efectos que habían sido estudiados. La tecnología de TV ya se conocía desde hacía algunos años, y había sido exhibida en la Feria Mundial de New York en 1936, pero la única persona que había intentado seriamente utilizar dicho medio era Adolf Hitler. Los nazis transmitieron los eventos de las Olimpiadas de 1936 “en vivo” a salas comunitarias de toda Alemania; intentaban expandir el gran suceso que obtuvieron al utilizar la radio para nazificar aspectos de la cultura alemana. Los planes posteriores para el desarrollo de la TV alemana fueron opacados por los preparativos para la guerra.

Adorno comprendió perfectamente este potencial, y en 1944 escribió:

“La televisión apunta a la síntesis de la radio y del cine, y [su desarrollo (7)] es refrenado solamente debido a que las partes interesadas aún no han llegado a un acuerdo, pero sus consecuencias serán enormes, y prometen intensificar el empobrecimiento de la materia estética tan drásticamente que, para mañana, la identidad débilmente velada de todos los productos de la industria cultural puede salir triunfalmente al aire libre, cumpliendo irrisoriamente el sueño wagneriano de la *Gesamtkunstwerk*, la fusión de todas las artes en una obra.”

El punto obvio es este: las formas profundamente irracionales del entretenimiento moderno -el contenido estúpido y erotizado de la mayor parte de la TV y del cine, el hecho de que una estación de radio de música clásica programe a Stravinsky inmediatamente después que a Mozart- no tienen por qué ser así. El que lo sean fue algo planeado. El plan fue tan exitoso que hoy nadie cuestiona siquiera los motivos o los orígenes de esto (véase más abajo *El Paradigma de Cambio de la Nueva Era*).

Los Hippies Nazi-Comunistas de los Años '20

Una apabullante cantidad de filosofías y elementos de la contracultura americana de los '60 -incluidas las estupideces actuales de la Nueva Era- se deriva de una experimento social a gran escala que tuvo lugar en Ascona, Suiza, desde cerca de 1910 hasta 1935. Originalmente un área de retiro para miembros de la secta de la Teosofía de Helena Blavatsky, la pequeña aldea suiza se convirtió en el refugio de cuanta secta ocultista, izquierdista y racialista había a comienzos del siglo veinte. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, era imposible distinguir a Ascona de aquello en lo que luego

se convertiría Haight-Ashbury (8): llena de tiendas de alimentos naturistas, de librerías ocultistas que exponían el *I Ching* y de los *Naturmenschen*, “Sres. Naturaleza” que iban por allí con pelo largo, collares, sandalias y túnicas a fin de “volver a la naturaleza”. La influencia dominante en la zona provenía del Dr. Otto Gross, alumno de Freud y amigo de Carl Jung que había formado parte del círculo de Max Weber cuando el fundador de la Escuela de Frankfurt Lukacs era también un miembro del mismo. Gross llevó las ideas de Bachofen a sus extremos lógicos y -en palabras de un biógrafo- “se decía de él que había adoptado a Babilonia como su civilización, en oposición a la de la Europa judeo-cristiana... Si Jezabel no hubiera sido derrotada por Elías, la historia mundial habría sido distinta y mejor. Jezabel era Babilonia, la religión del amor, Astarté, Astarot; al matarla, el moralismo monoteísta judío expulsó al placer del mundo”. La solución de Gross era la recreación del culto de Astarté a fin de comenzar una revolución sexual y destruir así a la familia burguesa y patriarcal. Entre los miembros de su secta estaban: Frieda y D. H. Lawrence; Franz Kafka; Franz Werfel, el novelista que luego fuera a Hollywood y escribiera *La Canción de Bernadette*; el filósofo Martin Buber; Alma Mahler, esposa del compositor Gustav Mahler y, posteriormente, amante de Walter Gropius, Oskar Kokoschka y Franz Werfel, entre otros. La Ordo Templis Orientalis (OTO), la fraternidad ocultista establecida por el satanista Aleister Crowley, tenía su única logia femenina en Ascona. Es pasmoso el darse cuenta de la cantidad de intelectuales hoy adorados como héroes culturales que fueron influidos por la demencia de la Nueva Era en Ascona, incluidos casi todos los grandes autores que gozaron de un enorme *revival* en América en los '60 y en los '70. El lugar y su filosofía figuran grandemente no sólo en las obras de Lawrence, Kafka y Werfel, sino también en las de los ganadores del Premio Nobel Gerhardt Hauptmann y Hermann Hesse, así como también en las de H. G. Wells, Max Brod, Stefan George y de los poetas Rainer Maria Rilke y Gustav Landauer. En 1935, Ascona se convirtió en el cuartel general de la conferencia anual Eranos que conducía Carl Jung con el fin de popularizar el gnosticismo. Ascona fue también el lugar de creación de la mayor parte de lo que hoy llamamos danza moderna. Fue el cuartel general de Rudolf von Laban, inventor de la más famosa forma de notación de la danza, y de Mary Wigman. Isadora Duncan era una visitante frecuente. Laban y Wigman, como Duncan, aspiraban a reemplazar las geometrías formales del ballet clásico con recreaciones de danzas cárnicas, las cuales serían capaces de rastrear ritualísticamente los recuerdos raciales primordiales del público. Cuando los nazis llegaron al poder, Laban se convirtió en el oficial de danza más alto del Reich, y él y Wigman crearon el programa de danza ritual para las Olimpiadas de 1936 en Berlín, la cual fue filmada por la cineasta oficial de Hitler, Leni Reifensthal, una ex-alumna de Wigman. El peculiar psicoanálisis ocultista practicado en Ascona fue también decisivo en el desarrollo de mucho del arte moderno. El movimiento Dada se originó en las cercanías de Zurich, pero todas sus figuras tempranas provenían también de Ascona en

cuerpo y mente, especialmente Guillaume Apollinaire, que era particularmente fanático de Otto Gross. Cuando “Berlín Dada” anunció su creación en 1920, su manifiesto inaugural fue publicado en una revista fundada por Gross. El documento primordial del surrealismo también salió de Ascona. El Dr. Hans Prinzhorn, un psiquiatra de Heidelberg, se desplazaba diariamente hasta Ascona, en donde era amante de Mary Wigman. En 1922 publicó un libro, “La Obra de Arte del Enfermo Mental”, basado en pinturas realizadas por sus pacientes psicóticos, las cuales iban acompañadas de un análisis que sostenía que el proceso creativo demostrado por este arte estaba realmente más liberado que el de los Maestros Antiguos. El libro de Prinzhorn fue ampliamente leído por los artistas modernos de la época, y un historiador reciente lo ha llamado la “Biblia de los surrealistas”.

El Paradigma de Cambio de la Nueva Era

El original trabajo de sondeo de la Escuela de Frankfurt en los años '30, incluido el de la “personalidad autoritaria”, se basaba en categorías psicoanalíticas desarrolladas por Erich Fromm. Fromm derivaba dichas categorías de las teorías de J. J. Bachofen -un colaborador de Nietzsche y de Richard Wagner-, quien sostenía que la civilización humana era originariamente “matriarcal”. Este período primigenio de “democracia ginecrática” y dominio del culto de la Magna Mater (Gran Madre), decía Bachofen, fue sumergido por el desarrollo del “patriarcado” racional y autoritario, incluida la religión monoteísta. Más tarde, Fromm utilizó esta teoría para decir que el apoyo a la familia nuclear era evidencia de tendencias autoritarias.

En 1970, cuarenta años después de haber proclamado la importancia de la teoría de Bachofen, Erich Fromm -perteneciente a la Escuela de Frankfurt- midió hasta dónde habían llegado las cosas. Hizo una lista de siete “cambios psico-sociales” que indicaban el avance del matriarcado por sobre el patriarcado:

- “La revolución de las mujeres”;
- “La revolución de los niños y los adolescentes”, basada en la obra de Benjamin Spock y otros, las cuales brindaban a los niños nuevas y más adecuadas formas de expresar rebelión;
- El surgimiento del movimiento juvenil radical, el cual abraza a Bachofen por completo con su énfasis en el sexo grupal, la estructura familiar suelta y la ropa y las conductas unisex;

- El uso creciente de las teorías de Bachofen por parte de los profesionales a fin de corregir el análisis demasiado sexual que Freud hace de la relación madre-hijo; esto haría al freudismo menos amenazante y más digerible para la población general;
- “La visión del paraíso consumista... En esta visión, la técnica asume las características de la Gran Madre -una madre técnica en lugar de una natural- que amamanta a sus hijos y los apacigua con una incesante canción de cuna (en la forma de radio o televisión). Durante el proceso, el hombre se vuelve emocionalmente un infante, sintiéndose seguro en la esperanza de que los pechos de la madre proveerán abundante leche y de que las decisiones ya no necesitan ser tomadas por el individuo.”

(*) Publicado en la revista *Fidelio*, Vol. I, Nº 1, invierno de 1992.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

(1) El énfasis es de Minnicino.

(2) *Corporación RAND*. La *RAND Corporation* deriva su nombre de la sigla de *Research and Development*. Se trata de un proyecto iniciado en 1946 por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que luego, en 1948, se convertiría en una asociación sin fines de lucro cuya finalidad declarada era la de “favorecer la promoción de propósitos científicos, educacionales y caritativos, e pos del bienestar y la seguridad pública de los Estados Unidos de América”.

(3) *Voz de América*. Canal oficial de radio y televisión del gobierno federal de los Estados Unidos.

(4) *Soap Opera*. Desde luego, *soap* significa “jabón” en inglés.

(5) *Universidad de Chicago*. Es un secreto a voces que esta institución superior americana es en realidad un bastión de la dinastía Rockefeller.

(6) *Audio bites*. Literalmente, “bocados de audio”.

(7) El agregado entre corchetes es mío.

(8) *Haight-Ashbury*. Barrio de San Francisco que hacia el verano de 1967 se convirtió en el centro de la actividad *hippie*.

III. Creando “Opinión Pública”: El Cuco de la “Personalidad Autoritaria” y la OSE

Los esfuerzos de los conspiradores del Proyecto Radio para manipular a la población produjeron la pseudociencia moderna de las encuestas de opinión pública con la finalidad de ganar un mayor control sobre los métodos que aquellos estaban desarrollando.

Hoy, las encuestas de opinión pública como las de los noticieros de la televisión han sido completamente integradas a nuestra sociedad. Un “sondeo científico” de lo que se dice que la gente piensa acerca de determinada cuestión puede ser producido en menos de veinticuatro horas. Algunas campañas para altos cargos políticos están por completo moldeadas por las encuestas; de hecho, muchos políticos intentan crear cuestiones que son en sí mismas insignificantes, pero que saben que se verán bien en las encuestas, y hacen esto meramente con el propósito de hacerse “populares”. Se toman importantes decisiones políticas, incluso con anterioridad al voto de la ciudadanía o del poder legislativo, de acuerdo a los resultados de las encuestas. Los periódicos escribirán ocasionalmente editoriales beatas instando a la gente a pensar por sí misma al mismo tiempo que el agente de negocios del periódico envía un cheque a la organización encuestadora local.

La idea de “opinión pública” no es nueva, desde luego. Platón habló en su contra en la *República*, hace más de dos mil años. Alexis de Tocqueville escribió extensamente sobre su influencia en América a comienzos del siglo diecinueve. Pero nadie pensó en *medir* la opinión pública antes del siglo veinte, y nadie antes de los años '30 pensó en dar uso a dichas mediciones con el objeto de tomar decisiones.

Resulta útil hacer una pausa y reflexionar sobre el concepto por entero. La creencia de que la opinión pública puede ser un factor determinante de la verdad es filosóficamente insensata. La misma descarta la idea de la mente individual racional. Cada mente individual contiene la chispa divina de la razón y es, así, capaz del descubrimiento científico y de la comprensión de los descubrimientos de otros. La mente individual es, por lo tanto, una de las pocas cosas que no puede ser “promediada”. Considérese: al momento del descubrimiento creativo, es posible, si no probable, que el científico que lo está realizando sea la *única* persona en sostener aquella opinión sobre la naturaleza, mientras que todos los demás poseen una opinión diferente o no poseen ninguna. Puede uno ya imaginarse lo que un “sondeo científicamente abordado” acerca del modelo del sistema solar de Kepler habría sido apenas publicada su *Armonía del Mundo*: 2% a favor, 48% en contra, 50% no opina.

Estas técnicas de sondeo psicoanalíticas se volvieron la regla, no sólo para la Escuela de Frankfurt, sino también en todos los departamentos de ciencias

sociales americanos, particularmente luego de que el Instituto para la Investigación Social llegara a los Estados Unidos. Esta metodología fue la base del objeto de investigación que hizo tan famosa a la Escuela de Frankfurt: el proyecto de la “personalidad autoritaria”. En 1942, el director del Instituto para la Investigación Social, Max Horkheimer, contactó al Comité Judío Americano, el cual le solicitó que montase un Departamento de Investigación Científica dentro de dicha organización. El Comité Judío Americano proveyó también un gran subsidio para estudiar el antisemitismo en la población americana. “Nuestra meta”, escribió Horkheimer en la introducción al estudio, “no es meramente describir el prejuicio, sino explicarlo a fin de ayudar en su erradicación... Erradicación significa reeducación científicamente planeada fundada sobre una comprensión obtenida por medios científicos.”

La Escala A-S

Finalmente, se produjeron cinco volúmenes para este estudio en el curso de la última parte de los años '40; el más importante fue el último de ellos, *La Personalidad Autoritaria*, de autoría de Adorno con la ayuda de tres psicólogos sociales de Berkeley, California.

En los años '30, Erich Fromm había ideado un cuestionario para ser utilizado en el análisis psicoanalítico de los obreros alemanes ajustándose a las categorías de “autoritario”, “revolucionario” o “ambivalente”. El núcleo del estudio de Adorno era, una vez más, la escala psicoanalítica de Fromm, pero con un final positivo, cambiando “personalidad revolucionaria” por “personalidad democrática”, con el fin de hacer más digerible las cosas para un público de posguerra.

Se midieron y testearon nueve rasgos de personalidad, incluyendo:

- convencionalismo -la adhesión rígida a los valores convencionales de clase media
- agresión autoritaria -la tendencia a estar pendiente para condenar, rechazar y castigar a la gente que viola los valores convencionales
- proyectividad -la disposición a creer que en el mundo ocurren cosas desenfrenadas y peligrosas
- sexo -preocupación exagerada con la conducta sexual general

De acuerdo con estas mediciones se construyeron varias escalas: la escala E (etnocentrismo), la escala CPE (conservadurismo político y económico), la

escala A-S (antisemitismo) y la escala F (fascismo). Utilizando la metodología de Rensis Lickert para sopesar resultados, los autores fueron capaces de crear burlonamente una definición empírica de lo que Adorno llamaba “un nuevo tipo antropológico”, la personalidad autoritaria. El pase mágico es aquí, como en todo trabajo de sondeo psicoanalítico, la asunción de un “tipo” weberiano (1). Una vez que el tipo ha sido determinado estadísticamente, toda conducta puede ser explicada; si una personalidad antisemita no actúa en forma antisemita, entonces el hombre o la mujer con dicha personalidad tiene un motivo ulterior para dicha conducta, o bien está actuando discontinuamente. La idea de que una mente humana sea capaz de transformarse es ignorada.

Los resultados de este estudio pueden interpretarse en formas diametralmente opuestas. Se podría decir que dicho estudio demostró que la población de los Estados Unidos era generalmente conservadora, no deseaba abandonar una economía capitalista, creía en una familia fuerte y consideraba que la promiscuidad sexual debía ser castigada, si bien el mundo de posguerra era un lugar peligroso, y aún era suspicaz respecto de los judíos (y de los negros, los católicos romanos, los orientales, etc. - desafortunadamente cierto, pero corregible en un contexto social de crecimiento económico y optimismo cultural). Por otra parte, se podía tomar los mismos resultados y demostrar que los pogroms anti-judaicos y las marchas de Nuremberg se estaban cocinando a fuego lento bajo la superficie, esperando a un nuevo Hitler que los encendiera. ¿Cuál de ambas interpretaciones se aceptaría que es una decisión política, y no científica? Horkheimer y Adorno creían firmemente que todas las religiones -el judaísmo incluido- eran “el opio de las masas”. Su meta no era la de proteger a los judíos del prejuicio, sino la creación de una definición de autoritarismo y de antisemitismo que se pudiera explotar para imponer la “reeducación científicamente planeada” de los americanos y de los europeos, lejos de los principios de la civilización judeo-cristiana, a los cuales la Escuela de Frankfurt despreciaba. En sus escritos teóricos de este período, Horkheimer y Adorno empujaron la tesis hacia su costado más paranoico: tal como el capitalismo era inherentemente fascista, la filosofía del cristianismo era en sí misma la fuente del antisemitismo. Tal como Horkheimer y Adorno escribieron conjuntamente en 1947 en su *Elementos del Antisemitismo*:

“Cristo, el espíritu hecho carne, es el brujo deificado. La auto-reflexión del hombre en el absoluto, la humanización de Dios mediante Cristo es el *proto-pseudos* (la falsedad original). El progreso más allá del judaísmo se une a la asunción de que el hombre Jesús se ha vuelto Dios. El aspecto reflexivo del cristianismo, la intelectualización de lo mágico, es la raíz del mal.”

Al mismo tiempo, Horkheimer podía escribir en un artículo más conocido titulado “Antisemitismo: Una Enfermedad Social” que “en el presente, el

único país que no parece tener ningún tipo de antisemitismo es Rusia” (!).

El intento que redundaría en la ayuda para maximizar la paranoia fue llevado a cabo por Hannah Arendt, quien popularizaría la investigación de la personalidad autoritaria en su ampliamente leído *Orígenes del Totalitarismo*. Arendt acuñó también el famoso firulete retórico acerca de la “banalidad del mal” en su posterior obra *Eichmann en Jerusalén*: incluso un simple tipo de tendero como Eichmann puede convertirse en una bestia nazi bajo las circunstancias psicológicas adecuadas; psicoanalíticamente, todo gentil es sospechoso.

Es la versión extrema de Arendt de la tesis de la personalidad autoritaria la filosofía que opera en la actual *Cult Awareness Network* (CAN) (2), un grupo que trabaja en forma conjunta con el Departamento de Justicia de los Estados Unidos y la Liga Anti-Difamación de la Bnei Brith, entre otras organizaciones. Utilizando el método estándar de la Escuela de Frankfurt, la CAN identifica a grupos políticos y religiosos que son sus enemigos políticos, para re-definirlos luego como “secta” a fin de justificar sus operaciones en contra de los mismos (véase más abajo *La Teoría de la Personalidad Autoritaria*)

La Explosión de la Opinión Pública

A pesar de su incomprobable tesis central sobre los “tipos psicoanalíticos”, la metodología de sondeo interpretativo de la Escuela de Frankfurt llegó a ser dominante en las ciencias sociales, y esencialmente permanece así hasta hoy. De hecho, la adopción de estas nuevas y supuestamente científicas técnicas en los años ’30 trajo aparejada una explosión del uso de los sondeos de opinión pública, mucho del cual estaba financiado por la Avenida Madison (3). Las más grandes encuestadoras de hoy -A. C. Nielsen, George Gallup, Elmo Roper- iniciaron su actividad en los años ’30 y comenzaron utilizando los métodos del Instituto para la Investigación Social, especialmente frente al éxito del Programa Analizador de Stanton-Lazersfeld. Hacia 1936, la actividad encuestadora se había extendido lo suficiente como para justificar una asociación comercial, la Academia Americana de Estudio de la Opinión Pública en Princeton, encabezada por Lazarsfeld; al mismo tiempo, la Universidad de Chicago creó el Centro Nacional de Estudio de Opinión. En 1940, la Oficina de Investigación Radiofónica fue convertida en el Bureau de Investigación Social Aplicada, una división de la Universidad de Columbia, con el infatigable Lazarsfeld como director.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, Lazarsfeld promovió especialmente el uso de sondeos para psicoanalizar la conducta de los americanos como votantes, y para la elección presidencial de 1952, las agencias de publicidad

de Madison Avenue estaban bajo el firme control del comité de campaña de Dwight Eisenhower y utilizando el trabajo de Lazarsfeld. La de mil novecientos cincuenta y dos fue también la primera elección llevada a cabo bajo la influencia de la televisión, la cual -tal como Adorno había predicho ocho años antes- había crecido y ganado una increíble influencia en un muy corto tiempo. Batten, Barton, Durstine & Osborne -la mentada agencia de publicidad BBD&O- planeó las apariciones de campaña de Ike (4) enteramente para las cámaras de TV, y tan cuidadosamente como las marchas de Hitler en Nuremberg; se promovían "spots" de un minuto de duración para satisfacer las necesidades de los votantes que habían sido determinadas mediante los sondeos de opinión.

Desde entonces, esta bola de nieve no ha dejado de rodar. El desarrollo entero de la televisión y de la publicidad en los '50 y en los '60 fue conducido por hombres y mujeres que habían sido entrenados en las técnicas de alienación de las masas de la Escuela de Frankfurt. Frank Stanton salió directamente del Proyecto Radio para convertirse en el único y más importante líder de la televisión moderna. El principal rival de Stanton en el período formativo de la TV era Sylvester "Pat" Weaver, de la NBC. Luego de obtener un doctorado en "conducta de escucha", Weaver trabajó con el Programa Analizador a finales de los años '30, antes de convertirse en el vicepresidente de Young & Rubicam, luego en el director de programación de la NBC y, finalmente, en el director de dicha cadena. Las historias como las de Stanton y Weaver son típicas.

En la actualidad, los hombres y mujeres que conducen las cadenas de radio y televisión, las agencias de publicidad y las organizaciones encuestadoras, aún cuando nunca hayan oído hablar de Theodor Adorno, creen firmemente en la teoría de éste, que los medios pueden -y deben- convertir todo lo que tocan en "fútbol". La cobertura de la Guerra del Golfo en 1991 debería dejar eso en claro.

La técnica de los medios de comunicación de masas y de la publicidad desarrollados por la Escuela de Frankfurt controla hoy efectivamente las campañas políticas americanas. Las campañas ya no se basan en programas políticos, sino realmente en la alienación. Las rabietas insignificantes y los miedos irracionales son identificados por sondeo psicoanalítico para ser luego trasmutados en "temas" para los cuales se ofrecen soluciones; las publicidades de "Willy Horton" durante la campaña presidencial de 1988 y la de la "enmienda quemada" no son más que dos ejemplos recientes. Cuestiones que determinarán el futuro de nuestra civilización son escrupulosamente reducidas a la oportunidad para una foto y para un segmento de audio -tal como los reportes radiofónicos originales de Ed Murrow en los años '30-, en los cuales el efecto dramático es maximizado y el

contenido de la idea se reduce a cero.

¿Quién es el Enemigo?

Parte de la influencia de la patraña de la personalidad autoritaria en nuestros propios días se deriva del hecho de que, increíblemente, la Escuela de Frankfurt y sus teorías fueron aceptadas oficialmente por el gobierno de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y de que estos *cominternistas* fueron los responsables de determinar quienes eran los enemigos de América durante la guerra y *después de ella*. En 1942, la Oficina de Servicios Estratégicos [OSE], la apresuradamente conformada unidad americana de espionaje y operaciones encubiertas, solicitó al por entonces ex-presidente de Harvard, James Baxter, que conformase una Delegación de Investigación y Análisis (I&A) bajo el grupo de la División de Inteligencia. Para 1944, la Delegación de I&A había recolectado un grupo tan cuantioso y prestigioso de estudiosos emigrados, que H. Stuart Hughes, por entonces un novel doctor, dijo que trabajar para ella era como “un segundo doctorado” cursado a costas del gobierno. La Sección Centro-Europea estaba encabezada por el historiador Carl Schorske; debajo de éste, en la importantísima Sección Alemana/Austriaca, estaba Franz Neumann, como jefe de sector, junto a Herbert Marcuse, Paul Baran y Otto Kirchheimer, todos ellos veteranos del Instituto para la Investigación Social. Leo Lowenthal encabezaba la sección de lengua alemana de la Oficina de Información de Guerra; Sophie Marcuse, esposa de Marcuse, trabajaba en la Oficina de Inteligencia Naval. En la Delegación de I&A se encontraban también: Siegfried Kracauer, el otrora tutor de Adorno en la filosofía de Kant y por entonces teórico del cine; Norman O. Brown, quien se haría famoso en los '60 al combinar la teoría del hedonismo de Marcuse con la terapia orgánica de Wilhelm Reich y por popularizar la “perversidad polimorfa”; Barrington Moore Jr., posteriormente un profesor de filosofía que escribiría un libro en co-autoría con Marcuse; Gregory Bateson, marido de la antropóloga Margaret Mead (la cual escribía para la revista de la Escuela de Frankfurt) y Arthur Schlesinger, el historiador que se unió a la Administración Kennedy. La primera misión de Marcuse fue la de encabezar un equipo para la identificación tanto de aquellos que serían juzgados como criminales de guerra luego de la guerra, como de quienes eran potenciales líderes de la Alemania de la posguerra. En 1944, Marcuse, Newmann y Kirchheimer escribieron la *Guía de Desnazificación*, la cual luego fue entregada a oficiales de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos que ocuparon Alemania, como una ayuda para identificar y suprimir conductas pro-nazi. Luego del armisticio, la Delegación de I&A envió representantes para trabajar como contactos de inteligencia con los diversos poderes ocupantes; Marcuse fue asignado a la zona de los Estados Unidos, Kirchheimer a la francesa y Barrington Moore a la soviética. En el verano de 1945,

Newmann se fue para convertirse en jefe de investigaciones del tribunal de Nuremberg. Marcuse permaneció dentro y en los contornos de la inteligencia de los Estados Unidos hasta comienzos de los años '50, escalando hasta llegar a ser jefe de la División Centro-Europea de la Oficina de Investigación de Inteligencia del Departamento de Estado, un puesto en el que se encargaba formalmente del "planeamiento e implementación de un programa de investigación de inteligencia positiva... para reconocer las necesidades de la Agencia Central de Inteligencia [CIA] y de otras agencias autorizadas".

Durante su ejercicio como oficial del gobierno de los Estados Unidos, Marcuse apoyó la división de Alemania en una parte oriental y en otra occidental, señalando que esto evitaría una alianza entre los partidos de izquierda recientemente liberados y los más antiguos, de un estrato comercial e industrial conservador. En 1949, produjo un informe de 532 páginas, "Los Potenciales de un Comunismo Mundial" (desclasificado recién en 1978), el cual sugería que el Plan Marshall para la estabilización económica de Europa limitaría a niveles aceptables el potencial reclutamiento por parte de los partidos comunistas de Europa Occidental, propiciando un período de co-existencia hostil con la Unión Soviética, signado por la confrontación solamente en lugares lejanos tales como Latinoamérica e Indochina; en términos generales, un pronóstico sorprendentemente preciso. Marcuse abandonó el Departamento de Estado con un subsidio de la Fundación Rockefeller para trabajar con los varios departamentos de Estudios Soviéticos que fueron montados en muchas de las principales universidades de América luego de la guerra, en gran medida por veteranos de la Delegación de I&A.

Al mismo tiempo, Max Horkheimer estaba haciendo un daño aún mayor. Como parte de la desnazificación de Alemania sugerida por la Delegación de I&A, el Alto Comisionado para Alemania, John McCloy, utilizando fondos discretionales personales, llevó a Horkheimer de vuelta a Alemania para que reformase el sistema universitario germano. De hecho, McCloy solicitó al presidente Truman y al Congreso que aprobaran una ley de subsidios para Horkheimer, el cual había devenido en ciudadano americano naturalizado, con doble ciudadanía; así, por un breve período, Horkheimer fue la única persona en el mundo en contar al mismo tiempo con una ciudadanía alemana y una americana. En Alemania, Horkheimer comenzó el trabajo arduo en pos del explosivo *revival* de la Escuela de Frankfurt en aquella nación a finales de los '50, incluido el entrenamiento de toda una nueva generación de estudiosos anti-Occidente, tales como Hans-Georg Gadamer y Jürgen Habermas, quienes tendrían en los '60 una enorme influencia destructiva en Alemania. En un período de la historia americana durante el cual algunos individuos eran perseguidos, despedidos de sus empleos y conducidos al suicidio debido al más leve aroma de izquierdismo, los veteranos de la Escuela de Frankfurt -todos ellos con soberbias credenciales de la Comintern- llevaban lo que sólo podría llamarse vidas encantadoras. América había

conferido, hasta un extremo increíble, el poder de determinar quiénes eran los enemigos de la nación a los mismísimos y peores enemigos de la misma.

La Teoría de la Personalidad Autoritaria

La Escuela de Frankfurt ideó el perfil de la “personalidad autoritaria” como un arma a ser utilizada en contra de sus enemigos políticos. El fraude reside en la asunción de que las acciones de una persona no son importantes; la cuestión radica más bien en la actitud psicológica del actor, determinada ésta por científicos sociales como los de la Escuela de Frankfurt. El concepto es diametralmente opuesto a la idea de la ley natural y de los principios del derecho republicano sobre los que los Estados Unidos fueron fundados; es, de hecho, fascista e idéntico a la idea del “crimen de pensamiento” tal como la describe George Orwell en su *1984*, así como también a la teoría del “crimen volitivo” desarrollada por el juez nazi Roland Freisler a comienzos de los años '30.

Cuando la Escuela de Frankfurt se hallaba en su fase abiertamente pro-bolchevique, su trabajo sobre la personalidad autoritaria estaba diseñado para identificar personas que no eran lo suficientemente revolucionarias, de manera que estas pudieran ser “reducadas”. Cuando, luego de la Segunda Guerra Mundial, la Escuela de Frankfurt expandió su investigación a instancias del Comité Judío Americano y de la Fundación Rockefeller, su propósito no era el de identificar el antisemitismo; esto era meramente una historia que hacía las veces de pantalla. Su meta era la medición de la adhesión a los valores centrales de la civilización occidental judeo-cristiana, a fin de poder caracterizar a dichas creencias como “autoritarias” y así desacreditarlas.

Para los conspiradores de la Escuela de Frankfurt, el peor crimen era la creencia de que cada individuo estaba dotado de razón soberana, la cual podía capacitarlo para determinar lo que está bien y lo que está mal para la sociedad por entero; así, decirle a la gente que se tiene una idea razonable a la cual deberían ajustarse es autoritario y paternalista en extremo.

Según dichos estándares, los jueces de Sócrates y de Jesús estuvieron en lo correcto al condenar a estos dos individuos (tal como, por ejemplo, afirma I. F. Stone en una ocasión en su “Juicio a Sócrates”). Es la medida de nuestro propio colapso cultural el hecho de que esta definición del autoritarismo sea aceptable para la mayoría de los ciudadanos y de que sea libremente utilizada por operaciones políticas como las de la Liga Anti-Difamación y la Red de Concientización sobre las Sectas con el fin de “demonizar” a sus enemigos

políticos.

Cuando en 1988 Lyndon LaRouche y seis de sus colegas enfrentaron un juicio por cargos que eran falsificados, LaRouche identificó el hecho de que el proceso se sustentaría sobre el fraude de la personalidad autoritaria de la Escuela de Frankfurt, para alegar que las intenciones de los acusados eran *inherentemente* criminales. Durante el juicio, el abogado defensor de LaRouche intentó demostrar que la teoría conspirativa del proceso tenía sus raíces en la Escuela de Frankfurt, pero fue desestimado por el juez Albert Bryan Jr., quien dijo: “No voy a retrotraerme a comienzos de los años ’30 en las declaraciones de apertura o en el testimonio de los testigos”.

(*) Publicado en la revista *Fidelio*, Vol. I, Nº 1, invierno de 1992.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

(1) “*Tipo*” weberiano. Se refiere a la tipología característica con la que trabajaba el célebre sociólogo alemán Max Weber.

(2) *Cult Awareness Network*. Organización americana que se dedica a “deprogramar” a las personas que caen víctimas de las sectas religiosas. Fue fundada en 1978, en ocasión de la muerte de los miembros de la secta Templo de los Pueblos y del asesinato del diputado Leo Ryan en Jonestown, Guyana. Curiosamente, la organización es hoy operada por gente asociada a la Iglesia de la Cientología, una secta a la que, como es de esperar, sus miembros originales se oponían fuertemente. Su nombre podría traducirse como “Red de Concientización sobre las Sectas”.

(3) *Madison Avenue*. La avenida Madison en Manhattan. Minnicino la utiliza aquí en su carácter de símbolo popular de la industria de la publicidad, debido a la cantidad de agencias que tienen sus oficinas centrales sobre dicha avenida.

(4) *Ike*. Apelativo familiar de Eisenhower.

IV. El *Eros* Aristotélico: Marcuse y la Contracultura de las Drogas de la CIA

En 1989 se le pidió a Hans-Georg Gadamer -protégido de Martin Heidegger y último de la generación original de la Escuela de Frankfurt- que aporte una apreciación de su propia obra al periódico alemán *Frankfurter Allgemeine*

Zeitung. Éste escribió:

“Uno tiene que concebir la ética de Aristóteles como un auténtico cumplimiento del desafío socrático, al cual Platón había ubicado en el centro de sus diálogos referidos a la cuestión socrática del bien... Platón describía la idea del bien... como la última y más alta de las ideas, la cual supuestamente constituye el más alto principio del ser para el universo, el estado y el alma humana. En oposición a esto, Aristóteles hizo una crítica decisiva con la famosa fórmula: ‘Platón es mi amigo, pero lo es aún más la verdad’. Éste negaba que se pudiese considerar la idea del bien como un principio universal del ser, el cual se supone que ha de aferrarse en la misma forma tanto al conocimiento teórico como al conocimiento práctico y a la actividad humana.”

Esta declaración no solamente plantea sucintamente la filosofía implícita de la Escuela de Frankfurt, sino que sugiere también un punto de inflexión en torno al cual podríamos ordenar gran parte del combate filosófico de los últimos dos milenios. Planteado en los términos más simples, la corrección aristotélica de Platón divide a la física de la metafísica, relegando al Bien a ser un mero objeto de especulación respecto del cual “nuestro conocimiento se queda sólo en la hipótesis”, en las palabras de Wilhelm Dilthey, el filósofo favorito de la Escuela de Frankfurt. Nuestro conocimiento del “mundo real” - tal como Dilthey, Nietzsche y otros precursores de la Escuela de Frankfurt querían enfatizar- se vuelve *erótico*, en el sentido más amplio del término, en tanto que fijación con el objeto. El universo se convierte en una colección de cosas que operan, cada una de ellas, sobre la base de sus propias naturalezas (es decir, genéticamente) y mediante la interacción entre ellas (esto es, mecanísticamente). La ciencia se torna así en la deducción de las categorías apropiadas de dichas naturalezas e interacciones. Puesto que la mente humana es meramente un *sensorium* (1) que espera que la manzana newtoniana la dispare hacia la deducción, la relación del ser humano con el mundo (y viceversa) se vuelve un aferramiento erótico a los objetos. La comprensión de lo universal -el que la mente procure ser imagen viva del Dios vivo- es, por lo tanto, ilusoria. Lo universal tampoco existe, o existe incomprendiblemente como un *deus ex machina*; esto es, lo Divino existe como una sobre-adición al universo físico; Dios es realmente Zeus lanzando rayos sobre el mundo desde algún lugar que se encuentra fuera de éste. (O quizás más apropiadamente aún: Dios es en realidad Cupido soltando flechas doradas para atraer a los objetos entre sí y flechas plomizas para hacer que éstos se repelan mutuamente.) La clave del programa de la Escuela de Frankfurt por entero, desde su originador Lukacs en adelante, es la liberación del eros aristotélico para hacer de los estados de sentimiento del individuo algo psicológicamente primario. Cuando los líderes del Instituto para la Investigación Social arribaron a los Estados Unidos a mediados de los años '30,

se regocijaron ante el hecho de que éste fuera un lugar carente de defensas filosóficas adecuadas en contra de su estilo de *Kulturpessimismus* (pesimismo cultural). Sin embargo, aún cuando la Escuela de Frankfurt tuvo grandes incursiones en la vida intelectual americana previamente a la Segunda Guerra Mundial, dicha influjo se vio en gran medida confinado a la academia y a la radio; y la radio, si bien era ya importante, no tenía aún la apabullante influencia en la vida social que adquiriría durante la guerra. Más aún: la movilización de América para la guerra y la victoria sobre el fascismo retardaron el programa de la Escuela de Frankfurt. En 1945, América era casi sublimemente optimista, con una población firmemente convencida de que una república movilizada, con el respaldo de la ciencia y la tecnología, podía hacer casi cualquier cosa. Los quince años posteriores a la guerra vieron, sin embargo, el dominio de la vida familiar por parte de la radio y la televisión, a las que la Escuela de Frankfurt había moldeado, en un período de erosión política en el que el gran potencial positivo de América degeneró en una postura puramente negativa en contra la amenaza real -y a menudo manipulada- de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, cientos de miles de integrantes de la joven generación -los llamados *baby boomers* (2)- se hallaban ingresando en la universidad y siendo expuestos al veneno de la Escuela de Frankfurt, ya fuera directa o indirectamente. Resulta ilustrativo el hecho de que, hacia 1960, la sociología se haya convertido en el curso más popular en las universidades americanas. De hecho, cuando se hecha un vistazo a las primeras conmociones de la rebelión estudiantil de comienzos de los '60, como los discursos del Movimiento por la Libertad de Expresión de Berkeley o la Declaración de Port Huron que fundó a la asociación Estudiantes por una Sociedad Democrática, resulta patente cuán vacías de contenido auténtico eran dichas discusiones. Hay mucha ansiedad respecto de la exigencia de conformarse al sistema -“Soy un ser humano; no me doblen ni me enrollen ni me mutilen”, decía un temprano slogan de Berkeley-, pero es claro que los “problemas” citados se derivan mucho más de los libros de texto requeridos por la cátedra de sociología que por las necesidades reales de la sociedad.

La Revolución Psicodélica de la CIA

La inquietud a fuego lento experimentada en los campus en 1960 pudo muy bien haber terminado o haber tenido un resultado positivo de no haber sido por la traumática decapitación de la nación mediante el asesinato de Kennedy, más la introducción simultánea del uso generalizado de las drogas. Las drogas habían sido siempre una “herramienta de análisis” de los románticos del siglo diecinueve, como los simbolistas franceses, y eran populares entre los bohemios marginales europeos y americanos del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero, en la segunda mitad de los años

'50, la CIA y sus servicios de inteligencia aliados comenzaron una exhaustiva experimentación con el alucinógeno LSD para investigar su potencial para el control social. Ya se ha documentado que millones de dosis del químico fueron producidas y diseminadas bajo los auspicios de la Operación MK-Ultra de la CIA. El LSD se convirtió en la droga preferida dentro de la agencia misma, y era suministrado gratuitamente a los amigos de la familia, incluido un número sustancial de veteranos de la OSE [Oficina de Servicios Estratégicos]. Por ejemplo, fue el veterano de la Delegación de Investigación y Análisis de la OSE Gregory Bateson quien "prendió" al poeta beat Allen Ginsberg en un experimento de LSD de la Marina de los Estados Unidos en Palo Alto, California. No sólo Ginsberg, sino también el novelista Ken Kesey y los miembros originales de la banda de rock Grateful Dead abrieron las puertas de la percepción por cortesía de la Marina. El gurú de la "revolución psicodélica", Timothy Leary, supo por primera vez de los alucinógenos a través de la revista *Life* (a cuyo editor, Henry Luce, se le suministraba frecuentemente ácido de parte del gobierno, así como también se hacía esto con muchos otros formadores de opinión) y comenzó su carrera como un empleado contratado por la CIA; en una "reunión" de pioneros del ácido en 1977, Leary admitió abiertamente: "todo lo que soy, lo debo al carácter visionario de la CIA". Los alucinógenos poseen el singular efecto de volver a la víctima asocial, totalmente centrada en sí misma y ocupada en los objetos. Incluso los objetos más banales adquieren el "aura" del que hablaba Benjamin, convirtiéndose en algo eterno e ilusoriamente profundo. En otras palabras, los alucinógenos llevan instantáneamente a un estado mental idéntico al prescripto por las teorías de la Escuela de Frankfurt. Y, claro está, la popularización de estos químicos creó una vasta labilidad psicológica como para poner en práctica dichas teorías. De esta forma, la situación a comienzos de los años '60 representó un brillante punto de reentrada para la Escuela de Frankfurt, el cual fue explotado por completo. Una de las mayores ironías de la "Nueva Generación", desde 1964 en adelante, consiste en el hecho de que para todas sus protestas manifiestamente modernas no contaba con una sola idea o elemento que tuviera menos de treinta años de antigüedad. La teoría política provenía completamente de la Escuela de Frankfurt; Lucien Goldman, un radical francés que en 1968 estuvo como profesor visitante en Columbia, estaba absolutamente en lo cierto al decir en 1969 de Herbert Marcuse que "los movimientos estudiantiles... hallaron en sus obras, y en última instancia sólo en estas, la formulación teórica de sus problemas y aspiraciones (énfasis en el original)". El pelo largo y las sandalias, las comunas de amor libre, la comida macrobiótica, los estilos de vida liberados, habían sido planeados a comienzos de siglo y ampliamente testeados en campo por diversos experimentos sociales de la Nueva Era conectados con la Escuela de Frankfurt, como la comuna de Ascona antes de 1920 (3). Incluso el desafiante "Nunca confíes en nadie de más de treinta años" de Tom Hayden era meramente una versión menos fina del "Nadie de más de treinta años merece

que se le hable”, acuñado por Rupert Brooke en 1905. Los diseñadores sociales que moldearon los años ’60 sencillamente se apoyaron en materiales que ya estaban disponibles.

Eros y Civilización

El documento fundacional de la contracultura de los años ’60, el cual transportaría el “mesianismo revolucionario” de la Escuela de Frankfurt de los años ’20 a los años ’60, fue *Eros y Civilización* de Marcuse, publicado originalmente en 1955 y financiado por la Fundación Rockefeller. El documento resume magistralmente la ideología del *Kulturpessimismus* de la Escuela de Frankfurt en el concepto de “dimensionalidad”. En una de las más bizarras perversiones de la filosofía, Marcuse afirma tomar dicho concepto de Friedrich Schiller. Schiller, a quien Marcuse identifica con error intencionado como el heredero de Immanuel Kant, discernió dos dimensiones en el ser humano: un instinto sensual y un impulso hacia la forma. Schiller abogaba por la armonización de estos dos instintos presentes en el hombre bajo la forma de un instinto lúdico creativo. Para Marcuse, por otra parte, la única esperanza de escape de la unidimensionalidad de la moderna sociedad industrial era la liberación del lado erótico del hombre, el instinto sensual, en rebelión contra la “racionalidad tecnológica”. Tal como diría más tarde el mismo Marcuse en su *Hombre Unidimensional* (1964): “Una cómoda, suave, razonable y democrática falta de libertad es la que prevalece en la civilización industrial avanzada como señal del progreso técnico”. Esta liberación erótica que identifica erróneamente con el “instinto lúdico” de Schiller, el cual, más que erótico, es una expresión de la caridad, el concepto más alto del amor asociado a su auténtica creatividad. La teoría contraria de Marcuse sobre la liberación erótica es algo implícito en Sigmund Freud, pero no explícitamente enfatizado, salvo por algunos renegados freudianos como Wilhelm Reich y, hasta cierto punto, Carl Jung. Cada aspecto de la cultura de Occidente, incluyendo la razón misma -dice Marcuse-, actúa en represión de aquella: “El universo totalitario de la racionalidad tecnológica es la última transmutación de la idea de la razón”. O bien: “Auschwitz continúa visitando, no el recuerdo, sino los logros del hombre: los vuelos espaciales, los cohetes y misiles, los equipos electrónicos...”

Dicha liberación erótica debería tomar la forma del “Gran Rechazo”, un rechazo total del monstruo “capitalista” y de todas sus obras, incluidos la razón “tecnológica” y el “lenguaje ritual autoritario”. Como parte del Gran Rechazo, la humanidad debería desarrollar un “ethos estético”, convertir a la vida en un ritual estético, en un “estilo de vida” (una frase sin sentido que ingresó en el lenguaje en los años ’60 por influencia de Marcuse). Con Marcuse representando el punto de inflexión, los años ’60 estuvieron repletos

de obtusas justificaciones intelectuales para incontables rebeliones sexuales adolescentes. *Eros y Civilización* fue relanzado en una edición barata de tapa blanda en 1961, a la que le siguieron varias ediciones más. En el prefacio a la edición de 1966, Marcuse agregó que el nuevo slogan, “Haz el amor, y no la guerra”, era exactamente aquello de lo que venía él hablando: “La lucha por el eros es una lucha *política* (énfasis en el original)”. En 1969, llamó la atención sobre el hecho de que incluso el uso obsesivo de obscenidades que la Nueva Izquierda hacía en sus manifiestos era parte del Gran Rechazo, llamándolo “una rebelión lingüística sistemática que aplasta al contexto ideológico en el que las palabras son empleadas y definidas”. Marcuse fue asistido por el psicoanalista Norman O. Brown, su protegido de la OSE, quien había contribuido con su obra *La Vida contra la Muerte* en 1959 y con *El Cuerpo del Amor* en 1966, llamando al hombre a despojarse de su razonable y “blindado” ego y a reemplazarlo con un “ego corporal dionisíaco” que abrazase la realidad instintiva de la perversidad polimorfa y que devolviese al hombre a una “unión con la naturaleza”. Los libros de Reich, quien afirmaba que el nazismo fue causado por la monogamia, fueron reeditados. Reich había muerto en una cárcel americana, encerrado por tomar dinero sobre la afirmación de que la “energía orgánica” podía curar el cáncer. La educación primaria llegó a estar dominada por el principal seguidor de Reich, A. S. Neill, un miembro de la secta teosófica de los años ’30 y ateo militante, cuyas teorías educativas exigían que a los estudiantes se les enseñara a rebelarse contra los maestros, los cuales son, por naturaleza, autoritarios. El libro de Neill *Summerhill* vendió 24.000 copias en 1960, elevándose las ventas a 100.000 en 1968 y a 2 millones en 1970; para 1970, era de lectura obligatoria en 600 cursos universitarios, convirtiéndolo esto en uno de los más influyentes textos educativos de aquel período y aún en un punto de referencia para recientes escritores sobre la materia. Marcuse se adelantó al completo *revival* del resto de los teóricos de la Escuela de Frankfurt, volviendo a presentar al por mucho tiempo olvidado Lukacs en América. El propio Marcuse se convirtió en el pararrayos de los ataques a la contracultura, y era regularmente atacado por medios como el diario soviético *Pravda* y por personajes como el entonces gobernador de California Ronald Reagan. La única crítica de entonces con cierto mérito fue una que le hiciera el Papa Pablo VI, quien en 1969 mencionó a Marcuse (un paso extraordinario dado que el Vaticano usualmente se abstiene de denunciar formalmente a individuos que están vivos) y a Freud, debido a su justificación de las “vergontosas y claras expresiones de erotismo”, y calificó a la teoría de la liberación de Marcuse como “la teoría que abre el camino al libertinaje disfrazado de libertad... una aberración del instinto”. El erotismo de la contracultura implicaba mucho más que el amor libre y un violento ataque a la familia nuclear; implicaba también la legitimación del eros filosófico. La gente era entrenada para verse a sí misma como objeto, determinada por su “naturaleza”. La importancia del individuo como persona dotada con la chispa divina de la creatividad y capaz

de actuar sobre toda la civilización humana fue reemplazada por la idea de que la persona es importante debido a que es negra, o mujer, o debido a que siente impulsos homosexuales. Esto explica la deformación del movimiento de los derechos civiles en un movimiento de “poder negro”, y la transformación de la legítima cuestión de los derechos civiles de las mujeres en feminismo. La discusión de los derechos civiles de las mujeres fue forzada a convertirse en sólo otra “secta de liberación”, completa con la quema de sostenes y con otras cosas, a veces abiertamente con rituales estilo Astarté. Una revisión de *Política Sexual* (1970), de Kate Millet, y de *El Eunuco Femenino* (1971), de Germaine Greer, demuestra su dependencia completa respecto de Marcuse, Fromm, Reich y otros extremistas freudianos.

El Mal Viaje

Esta popularización de la vida como un ritual erótico y pesimista no se aplacó, sino que, de hecho, se profundizó en los últimos veinte años y es el fundamento del horror que hoy vemos en torno nuestro. Los herederos de Marcuse y de Adorno dominan por completo las universidades, enseñando a sus propios estudiantes a reemplazar a la razón con ejercicios rituales “políticamente correctos”. Hay muy pocos libros sobre las artes, las letras o el lenguaje publicados hoy en los Estados Unidos que no reconozcan abiertamente su deuda con la Escuela de Frankfurt.

La cacería de brujas en los campus de la actualidad es meramente la implementación del concepto de Marcuse de “tolerancia represiva” - “tolerancia para con los movimientos de izquierda, pero intolerancia para con los de derecha”-, impuesto por los estudiantes de la Escuela de Frankfurt, devenidos ahora en profesores de estudios de la mujer y de estudios afro-americanos. El más erudito de los voceros de los estudios afro-americanos, por ejemplo, el profesor Cornell West de Princeton, públicamente declara que sus teorías se derivan de Georg Lukacs. Al mismo tiempo, la fealdad tan cuidadosamente suministrada por los pesimistas de la Escuela de Frankfurt ha corrompido a nuestros más altos talentos culturales. Difícilmente se puede encontrar una puesta de una opera de Mozart que no haya sido deformada por su director, el cual -siguiendo a Benjamin y al Instituto para la Investigación Social- querrá “liberar el subtexto erótico”. No se puede pedir a una orquesta que interprete a Schönberg y a Beethoven en el mismo programa y mantenga su integridad para con éste último. Y, claro, cuando nuestra más alta cultura se vuelve impotente, la cultura popular se convierte en bestial. Una imagen final: los niños americanos y europeos miran a diario películas como *Nightmare on Elm Street* [Pesadilla en lo Profundo de la Noche] y *Total Recall* [El Vengador del Futuro], y programas de televisión comparables a éstas. Una escena típica en una de ellas es la de una figura que emerge de un televisor,

con la piel de su rostro pelándose en forma realista para revelar a un hombre horriblemente deformado con dedos hechos de navajas; los dedos comienzan a crecer varios centímetros y -de repente- la víctima es cortada en sangrientos jirones. Esto no es entretenimiento. Esto es la profundamente paranoica alucinación provocada por el LSD. Lo peor de lo que ocurría en los años '60 es hoy moneda corriente. Gracias a la Escuela de Frankfurt y a sus co-conspiradores, el Occidente está atravesando un "mal viaje" del cual no se lo deja bajar.

Los principios mediante los cuales la civilización occidental judeo-cristiana fue construida ya no son dominantes en nuestra sociedad; existen solamente como una suerte de movimiento de resistencia subterráneo. Si dicha resistencia resultase a la larga sumergida, la civilización no sobrevivirá. Y claro está que en nuestra era de enfermedad pandémica incurable y armas nucleares, el colapso de la civilización occidental se llevará muy probablemente al resto del mundo junto con ella al infierno.

La salida es crear un Renacimiento. Aunque esto suena grandilocuente, es, no obstante, lo que se necesita. Un renacimiento significa comenzar de nuevo, descartar lo malvado, lo inhumano y lo simple y llanamente estúpido y retrotraerse cientos o miles de años, a aquellas ideas que permitan a la humanidad crecer con libertad y bondad. Una vez que hayamos identificado dichas creencias centrales, podremos comenzar a reconstruir la civilización.

En última instancia, un nuevo Renacimiento se apoyará en los científicos, en los artistas y compositores, pero en un primer momento dependerá de la gente aparentemente ordinaria que defienda la chispa divina de razón en sí misma y que no tolere menos de los demás. Dado el éxito de la Escuela de Frankfurt y de sus espónsores de la Nueva Era Oscurantista, dichos individuos ordinarios, con su creencia en la razón y en la diferencia entre el bien y el mal, serán "impopulares". Pero, en el comienzo, ninguna idea realmente buena lo fue jamás.

(*) Publicado en la revista *Fidelio*, Vol. I, N° 1, invierno de 1992.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

(1) *Sensorium*. Es decir, una entidad que reúne la suma de las cualidades de la percepción.

(2) *Baby boomers*. En los Estados Unidos se suele llamar así a la generación compuesta por los nacidos en los días inmediatamente posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que -como suele ocurrir en una nación que acaba de concluir una guerra- los índices de natalidad se dispararon por los aires, constituyendo un auténtico boom.

(3) *La comuna de Ascona antes de 1920.* Véase en la [Parte II](#) de este mismo artículo *Los Hippies Nazi-Comunistas de los Años '20.*